

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Día 1: Desde Buenos Aires hasta Pedro Luro (810 km.)

Cruzar la Provincia de Buenos Aires en auto no es demasiado aventuroso, pero siempre hay algo que comentar. Uno de las sorpresas fue hallar que la laguna de Monte estaba atestada de hermosos Cisne Cuello Negro. Más al sur, tomado un “atajo” que bordea Olavarría y pasa por Cnel. Pringles, observamos bandadas inmensas compuestas por centenares (o miles) de cuervillos. Una lagunita en la zona de Pringles estaba habitada exclusivamente por Chajás, tal vez un centenar. Lo triste fue descubrir que una laguna conocida por la abundancia y variedad de patos estaba totalmente seca, a tal punto que solamente pudimos ubicar el lugar preciso cuando hicimos el camino de vuelta.

Aún más al sur se comienzan a divisar las hermosas Sierras de la Ventana. Divisibles desde lejos, sus suaves laderas exponen el intenso amarillo de los girasoles en flor, alternando con parcelas de vegetación natural que han logrado sobrevivir al arado gracias a las mayores pendientes y la existencia de abundante rocas.

Por suerte el auto tenía aire acondicionado, pues ese día el calor fue insoportable. A las 4 de la tarde nos detuvimos un rato en un parque próximo a Dique de Piedra para descansar un momento. El lugar es un descampado forestado, pero para llegar a la sombra del pinar hay que salir de la ruta e internarse por una senda de tierra apenas transitable. Allí las avispas y otros insectos invaden el auto. Cuando uno sale del auto en ropa y calzado liviano - lo más recomendable para disfrutar este tramo del viaje - los pastos secos, altos y filosos dificultan el andar. Mientras que si uno sale con medias y pantalón, los abrojos aprovechan muy bien la oportunidad para dispersarse por otras latitudes. Al abrir la puerta del auto nos sorprende el calor aplastante, y dudamos en salir. Tanto calor hacía que casi renuncié a recorrer en busca de aves, mientras el sol seguía calentando el aire todavía más. En eso aparecen dos señoras muy, pero muy mayores. Habían llegado en su auto propio y salieron a caminar. Me preguntaba qué hacían aquí... cuando nos cruzamos, nos dijeron solamente estas palabras: “Como hacía tanto calor en Bahía Blanca, nos vinimos al fresco...” ¡Aquí hacía apenas 37 o 38 grados!

En estos pequeños descansos los minutos vuelan, sobre todo si uno ha visto algo moverse entre las ramas. ¿Tal vez una especie nueva?. La oportunidad de observarla por primera vez es inminente... - pero no se dio. Oyendo los cantos, me di cuenta que, aquí, el del chingolo es diferente que en Buenos Aires. Veamos: en vez del característico “tu tui tiu - tiririri” que todos los porteños deberíamos reconocer, aquí, con exagerada lentitud provinciana y casi en cámara lenta, dice: “siiiiiiiii... - siu - siu - chi chi chi chi chi”. Por algo los taxónomos han identificado seis razas de esta especie en la Argentina.

Y tras despejar las avispitas del auto, partimos, mientras el aire fresco de la refrigeración nos recompone. Pasamos la ciudad de Bahía Blanca y luego, cuando giramos hacia el sur para continuar por la Ruta 3 a Pedro Luro, observamos en el tablero del auto la indicación de la temperatura exterior: ¡40 grados a las 17hs! No parecía afectar a los vistosísimos Pechos Colorados que se posaban en los alambrados. ¿O eran Loicas Pampeanas? Tan raras hoy - pero tan parecidas...

Una hora más tarde llegamos finalmente al primer lugar de pernocte: el “Descanso Ceferiniano de Pedro Luro”. Este sitio de gran interés tiene una capilla muy atractiva donde descansan los restos de San Ceferino Namuncurá, Santo araucano. En un edificio vecino funciona una suerte de hotel perteneciente a la obra de Don Bosco, y que sirve de base para retiros espirituales. Fuera de temporada queda abierto al viajante como lugar práctico, cómodo y seguro donde pernoctar. Pero nuestro día no terminaba aún, puesto que esperábamos la llegada de Rosemary, una residente de la zona, también apasionada por las aves. Apenas habíamos descargado todo, llegó mi amiga, y nos embarcamos en dos vehículos para visitar la Laguna Salada, ubicada a unos kilómetros de allí.

Esa tarde la laguna presentaba una extraña fisonomía: un incendio en el oeste interceptaba algunos rayos solares, creando una enorme mancha de diversos tonos de naranja, rosado y sepia, mientras que el resto del cielo seguía aún celeste. Salimos con Rosemary por un sendero que bordea el lago. Aquí el camino era un tesoro de vegetación natural, donde abundaban los arbolitos de Chañar, enmarañados con gran variedad de especies arbustivas, como Piquillin, Jarilla y Alpataco, casi todas pinchudas. Pero si uno se animaba a cortar algunas de las diminutas hojas y oler sus perfumes, quedaba sorprendido: estas ramas secas y casi ponzoñosas entregaban diversos y exquisitos aromas. Estábamos en el bosque seco, o xerófilo, también conocido - ya por pocos - como el “espinal”, aquella gran columna vertebral boscosa que alguna vez recorría todo el oeste de la provincia de Buenos Aires y otras provincias, y del cual quedan ahora apenas relictos.

Inmerso en este lote de plantas nativas tan particulares, uno no puede esperar otra cosa que aparezca la fauna, también nativa y particular, que lo habita. Así que descontábamos poder observar al menos algunas de las aves específicas que vinimos a buscar. Primero apareció el Cortarramas, con su pechera color ladrillo más vistosa de la que luce durante el invierno, cuando visita Buenos Aires. Se anunció con su característico “zzzzzzzzzz”, que se imita fácilmente con un peine y un palillo, pero se asemeja más al ruido de la ténebre puerta crujiente que podemos escuchar al comienzo del video “Thriller”, de Michael Jackson.

Pusimos a prueba nuestro pasacassettes portátil, emitiendo las voces grabadas de otras especies. Y no tardaron en aparecer, desafiantes ante el insulto que significaban nuestras grabaciones. ¡Valla uno a saber que les fuimos a decir! A pesar que las grabaciones fueron registradas en otras provincias (¿les estábamos hablando en cordobés?) parecía que los dialectos eran entendibles. A estas aves también les estaba llegando la globalización...

Apagamos el grabador, puesto que ya se habían acercado mucho, y no queríamos alterarlas más. Allí estaba el Gallito Copetón, quién no cesó de vocalizar durante toda nuestra estadía. Era la primera vez que lo veíamos, posado en las ramas de un cercano Chañar y vestido en su traje elegante y pintón. Luego apareció una hermosa Calandrita. Delicada y frágil, y con larga cola, a saltitos se desplazaba impune entre esos arbustos repletos de pinches amenazantes que apuntaban hacia todas las direcciones posibles. ¿Acaso puede una bailarina hacer el “pas-de-deux” entre enormes rollos desplegados de alambre de púa, sin causarse heridas?

Nos acercamos al borde de la laguna donde observamos todo tipo de aves acuáticas: rosados flamencos, patos flotantes, y las siluetas negras de gallaretas en número abundante. Recuerdo el extraño y mágico efecto de colores que reflejaba la superficie del agua: en esa tarde tranquila y calurosa, el fino oleaje de la laguna fusionaba los índigos y azules del cielo oscuro del atardecer que se presentaba por delante, con los tonos áureos y cobrizos producidos por el distante fuego en grandes extensiones de campo a nuestras espaldas.

Reflexioné sobre otros hechos que sucedieron en esos 45 minutos que tardamos en recorrer aquel pequeño enclave: ¿Cuántas hectáreas de bosquecillos iguales o mejores que éste se consumieron ante las llamas? ¿Cuántos nidos ardieron, cuantas lagartijas, larvas y líquenes cesaron de existir? ¿Cuántas flores, ramas y añosos troncos se convirtieron en cenizas? ¿Podrá resurgir allí la vegetación nativa, o, como tantas veces ocurre, el ganado consumirá los futuros rebrotes, dando su golpe de gracia a nuestro agonizante espinal?

Muy agradecidos por su predisposición, su gran conocimiento y agradable compañía, nos despedimos de Rosemary y partimos hacia nuestras respectivas direcciones. Cenamos en la habitación, apenas algunos bocados que habían sobrevivido al almuerzo. Ya era de noche. Abrimos la ventana para que entre algo de aire fresco a la habitación. Vimos el poniente aún levemente teñido de sepia por los incendios, y escuchamos las espaciadas estridencias de una gran Lechuza de Campanario que custodiaba el estacionamiento del “Ceferiniano”. Nos fuimos a dormir. “¡Tjj-jjt!” recordaba, cada tanto, la lechuza...

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Día 2: Desde Pedro Luro hasta Comodoro Rivadavia (1.100 km.)

Hoy dedicaríamos el día a cubrir distancia. Por suerte habíamos planificado para cada jornada de viaje un aliciente, un descanso, y hoy trataríamos de estar un par de horas en una playa. Había otros deleites también: hoy, al llegar a Sierra Grande, en la provincia de Río Negro, comenzaríamos a disfrutar uno de los más deliciosos placeres de la Patagonia: el de cargar nafta a mitad de precio – aún siendo que las distancias aquí son tan grandes que el tanque se consume a seco en muy pocas horas.

Hoy se presentaría de nuevo ante nosotros esa llanura de olas gigantes, cubiertas de arbustos de ocre, gris y oliva: el paisaje patagónico:

Indómito... Atrapante...

Hoy cruzaríamos tres de los ríos más importantes que fluyen desde la cordillera. Cruzamos el primero, el río Colorado, a las 8:30, cuando apenas salimos de Pedro Luro. Según algunas definiciones, ya estábamos formalmente en la Patagonia, pero, para que el paisaje lo confirme del todo, quedaba por delante un tramo largo de ruta, flanqueado por campos cultivados y salpicado de montes naturales, hasta más allá de Viedma.

Llegamos a Carmen de Patagones. Allí la Ruta 3 cruza el majestuoso río Negro por un enorme puente de pocos años de existencia. Desde el mismo, los techos de algunas casas se dejaban ver entre la densa arboleda que crecía con fuerza a los costados del curso, que también cubría una gran isla instalada en el medio del cauce. El camino nos había acostumbrado a un paisaje más polvoriento, y al ver estos verdes tan oscuros nos brotaba una sola palabra: ¡oásis! Y desde este puente, el anchísimo río que fluía lento, pero implacable, hacía honor a su nombre: sus aguas límpidas que invitaban a un baño refrescante se veían totalmente negras. Me pregunto por qué el cielo no se refleja en el río Negro...

El camino ahora circulaba entre campos naturales, con espinillos, chañares y otros arbustos. Se observaban algunas bandadas de los grandes loros barranqueros, y cada tanto nos alertaba el fugaz paso de un par de alitas blancas y negras: ¿Fue una Monjita Blanca o una Monjita Coronada? ¡Que ganas tenía de detenerme para buscar aves en estos montes! Pero no había tiempo para todo - tal vez podría hacerlo en el viaje de vuelta...

Al llegar al cruce con el camino que lleva al puerto de San Antonio Este doblamos hacia el mar. La costa estaba a 15 km., 14 km., 13 km.... Nos anticipamos poniéndonos crema para el sol, colgando los binoculares, y... eligiendo una amplia bolsita de plástico, adecuada para recibir el fruto de la primera colecta de caracoles en casi un año.

Al llegar a la costa doblamos hacia el este por camino de ripio, y bordeamos el mar hasta llegar a una playa un tanto más alejada del pavimento. En la primera loma detrás de las playas, un custodio: nuestro primer Aguilucho Común, en gallarda pose. Parecía advertirnos que esta era tierra suya, y que si deseábamos usufructuar de ella, debíamos comportarnos según las normas de la Constitución Natural: nada de bochinche, nada de basura, nada de fuego...

El mar estaba tan azul que parecía teñido. Pero una brisa fresca aconsejaba no bañarse hoy. Así que caminamos por la playa, buscando cangrejos, aves y caracoles. Vimos un grupito de chorlos que recorría la playa. Estaba conformado por cuatro especies diferentes: unos eran los "Doble Collar", que con sus trajes de pecho barrado parecían un ejército de sobrinillos de aquel célebre personaje de caricatura: Clemente. Otras dos variedades eran casi indistinguibles entre sí, salvo por sus voces: el Playerito Rabadilla Blanca y el Unicolor, mientras que el cuarto era el Playerito Blanco, que no habíamos visto en años.

Volvimos al auto. Luego de traspasar el arenoso, húmedo y “perfumado” contenido de mi bolsa con caracoles a un recipiente más duro - rito que habría de reiterar muchas veces en este viaje para evitar roturas de las valvas, muchas de ellas frágiles – volvimos al camino. Ahora había que manejar y manejar. El dulce del día ya estaba consumido.

Y manejamos... Pasamos San Antonio Oeste y Sierra Grande. Más tarde, gracias a un brevísimo acercamiento que hace el camino al borde de la meseta, divisamos desde la altura, y solo por un instante, a la ciudad de Puerto Madryn. Siempre imponente, custodia el Golfo Nuevo bañado por el mismo mar pintado. En Trelew cruzamos otro río de gran importancia para la zona: el Chubut, que provee de agua potable a esta ciudad, a Rawson y a Madryn. Aquí adquirimos algo para comer en ruta, y seguimos manejando.

Cualquiera puede llegar en auto hasta Trelew. Pero emprender los monótonos 400 km. hasta Comodoro Rivadavia requiere una cierta dosis de coraje, y un expreso deseo de aventura. Pero ni siguiera el entusiasmo que provocan estas emociones puede resistir un camino tan recto, a veces hasta aburrido, así que el conductor debe estar atento al riesgo más serio. ¡Sonámbulos abstenerse!

En este tramo seríamos testigos de la desaparición del monte norpatagónico y el surgir de las estepas, aquellos pastizales secos que abarcan gran parte de la “Patagonia Sur”. El anochecer llegaría hoy bastante más tarde, y contábamos con este mágico efecto astronómico para compensar el tiempo que habíamos dedicado esta mañana para pasear por la playa.

A casi 100 km. de Trelew hicimos una parada "de rigor": en esta zona bifurca un camino de ripio hacia el noroeste, y nos internamos por él unos 400 m. Aquí, hace cuatro años, habíamos visto la infrecuente Monjita Castaña. Y al llegar al alambrado la vimos nuevamente: una pareja. Se alejaron casi enseguida, pero las pudimos ver bien. Salimos del auto y por media hora recorrimos los arbustos, sin detectar más aves. Recién al final apareció una Diuca Común: tan común es en la Patagonia, y sin embargo no la volvimos a ver en todo el resto del viaje.

A gran velocidad pasamos frente a lo que, hasta hace poco, era la tradicional y pintoresca estación de servicio de Uzcudún. La familia de este nombre que había instalado aquí una posta con surtidor en el medio de la nada, y lo había atendido por años afrontando vientos huracanados, evidentemente cedió ante el tentador ofrecimiento de una petrolera grande. El nuevo techado y los relucientes acrílicos con los colores de la marca empresaria le han robado a Uzcudún de aquella épica personalidad que la caracterizaba.

Mientras descansaba de mi turno al volante observaba el veloz paso de una insólita alfombra natural, de increíbles colores, que crecía entre el pedregullo de la banquina, y sobre los costados más alejados. En algunos tramos había flores amarillas sobre tallos altos de frondosas hojas verdes. En otros había miles de flores bajas de color rosa. Y en otros, flores rastreras, amarillas y anaranjadas, de hojas verdosas y tallos rosados. No saqué fotos, pero en otro viaje prometo detenerme para registrar este espectacular jardín que se extiende gratuitamente a lo largo de cuatrocientos mil metros en ambas márgenes del camino.

Pasamos cerca de varias lagunas de aguas ocre amarronadas. Son típicas de la región, ocupando los bajos que existen entre las sucesivas lomadas kilométricas. A la distancia, muchas se notaban salpicadas por nítidos puntitos rosados: eran los magníficos flamencos que se alimentaban allí. A veces, cuando los puntitos eran bien blancos, sabíamos que se trataba de cauquenes o de cisnes.

Casi oscurecía cuando llegamos a Comodoro Rivadavia. La gran bajada, el mar, el puerto y las grandes construcciones constituían un notable contraste con la planicie infinita de la estepa con que la Ruta 3 nos venía hipnotizando, sin tregua, durante las últimas horas.

Nunca habíamos pernoctado en “Comodoro”, como se le conoce a esta ciudad, y no habíamos previsto hotel. Pero confiábamos que la abundante oferta disponible iba a proporcionarnos un lugar adecuado. Nos pusimos en campaña leyendo los carteles en la ruta de acceso. Cruzamos la ciudad sin que se presente nada adecuado para investigar. Ya poco quedaba de urbanización: sólo parques industriales y playas de estacionamiento colmadas con toda suerte de equipamiento petrolero oxidado. Pero al final dimos con un hotel muy cómodo. Se llama “Hotel Su Estrella”, aunque, a decir por el gran cartel que da a la ruta, parecería llamarse “Hotel Parrilla”. Elegimos un departamento de 2 ambientes con baño, lujoso, limpio y espacioso. A pesar de sus numerosas habitaciones, el hotel tiene solamente 2 de éstos departamentos, a buen precio e ideales para familias que hacen este viaje al sur, así que es conveniente reservar con anticipación.

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Día 3: Desde Com. Rivadavia hasta Comandante L. Piedrabuena (590 km.)

En comparación con la víspera, hoy sería un día de poco andar. La idea era desviarnos de la Ruta 3 hacia el mar en la zona al norte de San Julián, para recorrer unos 30 km. de ripio que pasan por varios puntos de interés ubicados en la zona costera. Más adelante la Ruta 3 atravesaría diversos lugares de interés geológico.

Salimos temprano. Pronto entramos en Santa Cruz y, para celebrarlo, efectuamos la ya tradicional parada en una playa vecina a Punta Maqueda. Este lugar hermosísimo de la costa austral tiene arenas, restingas y acantilados con cuevas. En las restingas distantes se posan diversas aves marinas, que desafían el embate de las olas, resistiendo hasta que la marea creciente no les deja otra alternativa que volar - salvo el caso de las haraganes patos "quetro", que se alejan a flote.

Los acantilados son de arenisca y tienen numerosos fósiles marinos antiguos, entre 15 a 30 millones de años. En algún momento prehistórico el mar había avanzado sobre las áreas hoy continentales. Estos peñascos y rocas que componen el acantilado fueron en aquel entonces el fondo del mar. Enormes cantidades de cenizas volcánicas, provenientes de erupciones en el oeste relacionadas con el ascenso de la Cordillera de los Andes, se depositaban en ese mar en finas capas. La ceniza se mezcló con arena y seres vivos: cangrejos, caracoles y esponjas, y se compactó. Se formó así una arenisca gris verdosa, algo cementada, que contiene los restos fósiles. Tras milenios, estas playas se elevaron y se erosionaron por el embate del mar, dejando a la vista un muro donde sobresalen claramente las valvas, testigos de la vida de este lugar en tiempos remotos. De hecho, grandes extensiones de la Patagonia se hallan sobre playas antiguas, repletas de fósiles marinos.

Aquí caminamos por la playa. Y aquí, inspeccionando la línea de marea donde se acumulan algas y pequeñas valvas rotas, tuve la suerte de encontrar un par de pequeñísimos caracoles rojizos espiralados, en forma de "cucurucho", de no más de 6 o 7 mm de largo: según mi interpretación de las guías es un *Ataxocerithium pullum* ¿Lo has sentido nombrar?

A manejar ahora por una de los tramos más hermosos de ruta de todo el país, ya que bordea la costa del interminable Golfo San Jorge, con playas y más acantilados. Con el color de fondo del mar azul intenso, observamos como las Golondrinas Negras se zambullían por detrás de los acantilados para llegar a sus nidos cavados en las barrancas.

Pasamos Caleta Olivia, con su característica - y poco estética - estatua enorme de un figura humana: un monumento al trabajador petrolero. Y ahora nos internábamos en "tierra de nadie". A partir de este lugar, toda la civilización quedaba al norte, y delante nuestro solo había kilómetros de ruta desierta, que van al sur. Solo se pasa el solitario pueblo de Fitz Roy, y el ramal que sale hacia Puerto Deseado. Enseguida cruzamos el amplio valle del Río Deseado, de cauce casi siempre seco.

Según los mojones que marcan la distancia en la Ruta 3, ya estábamos casi a 2.000 km. de Buenos Aires. Tamaña cifra nos da aliento, por que ya habíamos hecho mucho - pero también faltaba mucho para llegar a destino. A esa distancia de la capital nos invade la deliciosa sensación de estar en el medio de la nada, que es tal vez la principal motivación que nos mueve a realizar estos largos viajes.

Los mojones ahora sólo aparecen cada 5 km.: 1990, 1995, 2005... pero... ¿Qué pasó con el mojón 2000? No está. Curiosamente, faltan los mojones de números redondos y de cifras curiosas o notables. Lo notamos a lo largo de todo el viaje: los que tienen número capicúa, los múltiplos de 100... Todos han sido robados.

Pronto el camino pasaría por una zona de paisajes pintorescos, con lomas atractivas y rocas de interesantes colores: ocre, rojizas y hasta turquesas. Se debe a que la ruta cruza ahora, de norte a sur, por la enorme formación geológica “Macizo del Deseado”. Aquí la sangre de la tierra ha brotado a la superficie en varias formas. Se dice que estos mismos tipos de roca se hallan “del otro lado del charco”, es decir, en la distante costa este África, y esta curiosidad alimentó la hipótesis, luego comprobada, sobre el movimiento de los continentes. Justamente, se sostiene que el vulcanismo jurásico que se produjo en esta zona se debe a las grietas y fallas provocadas por la abertura del Océano Atlántico, hace apenas unos 100 millones de años. En esta formación se halla también el notable “Bosque Petrificado de Jaramillo”, que posee los troncos silicificados de araucarias más notables del mundo. Me costó seguir derecho por la ruta asfaltada: es que mis brazos querían volar a la derecha y tomar el camino de ripio que lleva a este lugar maravilloso. Lo visitamos hace 4 años y sobaban los motivos para volver.

Ya de vuelta a la zona de llanura, pasamos Tres Cerros, desde donde se aprecia a la distancia los tres volcanes que dan nombre a este aislado paraje. Las tres lomas bajas de basalto negro se ven azuladas por la distancia, apenas sobresaliendo por sobre la llanura totalmente horizontal. Debido al espejismo, en días de mucho calor el basalto debe “flotar” en el aire.

Ya estábamos cerca de San Julián. Unos kilómetros antes, al ver el cartel de “Playa La Mina”, doblamos hacia la costa, ubicada a solo 3 o 4 km. Allí nos detuvimos por media hora y caminamos por la “playa”, compuesta aquí por puro canto rodado. Piedra tras piedra, todas midiendo entre 5 a 15 cm, se hallan apiladas formando cordones y terrazas costeras, algunas de cierta antigüedad. Es casi lo único que hay, salvo algunas valvas de caracoles, el viento, y el traqueteo de las piedras en la playa provocado por el oleaje del Atlántico abierto. Encontramos un Flamenco muerto y tuvimos la triste oportunidad de inspeccionar este extraño animal bien de cerca: apreciamos sus plumas incendiadas de rosa intenso, casi fucsia; sus patas, tan largas y finas que parecen varillas de acero; y su pico extraño. La playa La Mina debe su nombre a una antigua mina de carbón. Un acantilado fosilífero con estratificaciones de rocas rojizas y verdosas asoma por el sur y se interna en el mar, formando uno de los muchos promontorios de la zona. Una de esas capas inferiores de roca contiene el mineral negro. La vista del promontorio es alucinante.

Seguimos luego hacia el sur bordeando la costa. Nos detuvimos de vuelta en otra playa, donde observé al Jilguero Austral, la versión sureña de nuestro pajarito amarillo común. En estas latitudes la hembra es de color gris claro, casi blanco. Otra parada corta en un promontorio muy fosilífero de Cabo Curioso, y luego la última en un lugar que, por su nombre, prometía resultados al coleccionista, pero defraudó: la Playa de los Caracoles.

Delante nuestro se halla ahora la Ría de San Julián, a cuyo margen está la ciudad. La marea llena la enorme ría, ingresando por un angosto estrecho. Más al sur, la gigantesca albufera de San Julián: una gran planicie de inundación, de barro seco y estéril, que el mar cubre durante las crecidas más altas.

Llegamos de nuevo a la ruta. Pronto el paisaje se hace absolutamente horizontal, todo a la redonda. Algunos dirán que no hay nada. Solo se aprecia el camino, las banquinas y el alambrado. Más allá comienza la eterna “estepa patagónica”. Está vegetada por pastos bajos (coirón amargo - *Stipa sp.*), amarillentos, y se extiende hasta el infinito. En algunos sitios el color ocre claro de los coirones se alterna con manchones negros de “mata negra” (*Junellia tridens*), una planta arbustiva de extraña conformación, ya que no tiene hojas sino tallos escamosos, duros y oscuros. Seguramente no ha de ser muy apetitoso para las ovejas, y esto debe afectar el valor, de por sí muy bajo, de los lotes donde más abunda.

Ahora el camino bordea por el este al Gran Bajo de San Julián, uno sitio extraordinario y poco conocido. Es una gran depresión, un enorme pozo de 30 km. de diámetro, que se destaca por contener el punto más bajo de todo el continente americano. Un cartel señala el mirador ubicado

al borde de la ruta desde donde se puede contemplar muy bien este insólito paisaje. El contraluz de la tarde nos permite divisar las distantes colinas opuestas en tenues tonos celestes y lilas, mientras nos emocionamos con el panorama de este enorme y profundo “valle sin salida”.

El cartel indica que falta poco para nuestro destino. Pero parece que alguien le tiene bronca a la señal, por que está estampada de balazos. Y no solo aquí: en todo el camino la mayoría de los carteles de ruta han servido como perfectos blancos inmóviles para la práctica de tiro. De hecho, se hace difícil encontrar un cartel que no tenga la pintura saltada ni los característicos “repujones” que los disparos dejan en la chapa.

Cruzamos ahora el Río Chico, afluente del Santa Cruz. Hicimos una breve parada, con esperanza de detectar aquí la presencia de un ave poco conocida: la Gallineta Chica. Pero no encontramos ni siquiera pajonales, su hábitat obligado.

Y llegamos a Piedrabuena. La ruta hace una gloriosa bajada al ancho valle del río Santa Cruz, bordeando los altísimos barrancos impecablemente tallados en la “meseta”. La vista del valle es espectacular, y se aprecia el curso que sigue el río hasta casi llegar al océano, frente al Puerto Santa Cruz. Al ver este río no puedo evitar de recordar su nacimiento: el imponente Lago Argentino que conocimos 4 años atrás. Está a tan solo 200 o 300 km. hacia el oeste. Y un poco más allá está el majestuoso glaciar Perito Moreno, que lo nutre de agua lechosa, fruto de su deshielo.

Nuestro lugar de pernocte es la Isla Pavón, un islote en el medio del río donde la municipalidad atiende un “camping”. El lugar está provisto además de dos cómodas cabañas, y una está reservada para nosotros.

Descargamos, ocupamos y reposamos brevemente. Sin tiempo que perder, hacemos con mi hijo una rápida recorrida por la isla para observar aves. En el centro la isla es seca, con vegetación similar a la estepa patagónica, mientras que en los bordes es húmeda, donde crecen sauces. Si a esta diversidad de ambientes sumamos la existencia de otras islas vecinas, deshabitadas y frondosamente vegetadas, podemos explicar la gran variedad de aves que viven en este lugar. Vimos muchas especies (entre ellas, la Bandurrita Común, el Canastero Coludo y el Yal Negro), pero lo más notable fue el vuelo, a muy poca distancia, de un hermoso Gavilán Ceniciento. Se percató tarde de nuestra presencia y no tuvo otra que seguir su plan de vuelo original, rasante sobre la vegetación, y pasando a escasos metros de nuestra posición. Sin necesidad de usar binoculares apreciamos todo el magnífico colorido y la llamativa expresión agresiva de ésta rapaz.

Preparamos una cena liviana y nos fuimos a dormir. Mañana nos esperaba un día largo, muy largo, y había que salir tempranísimo a la ruta.

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Día 4: Desde Comand. L. Piedrabuena hasta Estancia Cabo San Pablo (763 km.)

Hoy llegaríamos a nuestro primer destino fijo, en la Isla Grande de Tierra del Fuego. Salimos antes del amanecer, lo cual a esas latitudes es mucho decir, puesto que el sol asoma antes de las 5 de la mañana. Hicimos los casi 300 km. hasta Río Gallegos, y allí desayunamos en una estación de servicio. Estábamos por emprender el primer tramo de camino que aún no conocíamos. Había llovido, así que el ripio estaba encharcado. El auto salió airoso de sortear tanto bache y lodo, y a partir de ese día quedó completamente cubierto de barro. ¿Habría servido como efectivo protector de la pintura?

Como ya era costumbre en este viaje, el camino iba siempre al sur. Nos dirigíamos hacia la frontera chilena, única alternativa para tomar el transbordador a la isla. Pasamos diversos paisajes atractivos de llanuras y cerros. A los costados del camino observamos varios individuos de una especie de ave sureña: la Monjita Chocolate.

Llegamos a la frontera de Monte Aymond. Hicimos los trámites y continuamos, ahora por camino asfaltado. Nuestra premura era llegar al ferry en buena hora, por que teníamos información que hoy se suspendía el servicio por dos horas a partir de las 14:00. Si perdíamos el cruce de las 11:30 seguramente llegaríamos a la isla no antes de las 17 hs., y no tendríamos tiempo de llegar a destino.

Del lado chileno el camino es excelente, de cemento muy bien nivelado, y con banquetas de lujo. En un corto sector solamente una mano está pavimentada, así que los conductores se turnan – o se desafían – bajando un par de ruedas al ripio en el último momento posible. De repente divisamos azul a la distancia: era el mar, o mejor dicho, el Estrecho de Magallanes. Nos sorprendió, por que en nuestra experiencia de viajar al sur, cuando se sigue la ruta en esta dirección sólo se ve más ruta. Pero ahora habíamos llegado a un extremo: ¡aquí terminaba el continente americano! Comparando el mapa con el paisaje pudimos confirmar la forma de la costa, casi como si fuese una vista aérea. En este sitio está el principal estrechamiento, la Primera Angostura. ¿Y del otro lado? ¡La Isla Grande de Tierra del Fuego!

Llegamos bien al “puerto”. Nuestros temores de encontrar kilómetros de autos haciendo cola para cruzar se desvanecieron infundadamente. Hasta tuve tiempo de juntar algunos caracoles en el Estrecho de Magallanes. ¡Qué lujo!

Finalmente abordamos el ferry con el auto, cargamos camperas y largavistas, cerramos el auto, y subimos a la parte superior de la nave. Avanzamos hacia la proa, por que queríamos ser los primeros en ver la fauna que prometía este cruce. Y algo vimos: algunos pingüinos nadando y una hermosa Tonina Overa negra y blanca, o mejor dicho, gris oscuro y crema. A la distancia vimos varias aves, pero la más interesante, sin duda, fue un grupo que volaba en fila india. El primero bajaba hacia las olas, luego mostraba su flanco, luego subía y giraba. De nuevo bajaba hacia las olas. Este baile lo repetía infinitamente en perfecta secuencia. Y también lo habían aprendido los que seguían tras el primero, puesto que cada ave seguía a su antecesor repitiendo la misma rutina. Parecían delfines, pero volaban. No conocíamos este comportamiento ni reconocíamos estas aves, y algo nos decía que eran especies de mar afuera, es decir, pelágicas. Anotamos mentalmente los colores: blancos y negros en distintas partes del cuerpo. Tras una rápida mirada a la Guía de Aves, determinamos la especie: eran Pardela Cabeza Negra (*Puffinus gravis*), ave marina como ninguna.

La distante costa opuesta se acercaba, y tras solo 25 minutos de navegación, los tripulantes ordenaron que debíamos ocupar ya los vehículos. El ferry tocó costa, se abrieron las compuertas, y los autos comenzaron a bajar a tierra. Bajé a pie para sacar una foto del momento crucial en que mi mujer bajaba el auto a la isla, retornando así, finalmente, a su isla natal.

Debíamos ahora realizar casi 200 km. de ripio, pero antes había que sacar una foto del cartel que daba cuenta del peligroso campo minado que bordeaba la costa – al menos eso decía, y no estaba con ganas de entrar a comprobarlo. Sea cierto o no, me sorprendió mucho. Era lo que menos me esperaba aquí. Nunca antes había visto un campo minado, y recordé todas las campañas internacionales que buscan poner fin a esta práctica que inutiliza un sector del mundo para siempre.

El viento soplaba, pero delante nuestro se abría el inigualable paisaje fueguino, con sus hermosas praderas húmedas, bien verdes. Los abundantes cauquenes nos obligaban a detener unos instantes para inspeccionarlos a través de los largavistas, a fin de comprobar si había Cauquén Colorado, aquella “especie rara”, tan parecida al “común”, y que, si estaba, no debíamos dejar de ver. Pero todos parecían ser los “comunes”.

Nos llevó varias horas hacer este tramo por un camino en estado algo deteriorado, y que no parecía terminar nunca. Finalmente arribamos a la frontera, cerca de San Sebastián. Ahora a repetir los trámites en forma inversa, para volver a ingresar a la Argentina. Se alargó la espera a causa de un ómnibus lleno de turistas, quienes, uno a uno, debían cumplir con las formalidades.

Pasamos un rato en la costa de San Sebastián, lugar famoso para las aves migradoras, que llegan todos los años, en cantidades de cientos de miles, desde Alaska. El mar estaba bajo, y lo blanco que divisábamos a la lejanía serían las grandes bandadas de varias especies de migradoras asentadas en la playa. Pero bastó con utilizar los binoculares para sentir una gran desilusión: lo blanco era la espuma de las olas que rompían. No vimos una sola ave en esa playa, y se desvanecieron las ilusiones de ver diversas especies nuevas, que eran “fijas” para este lugar. Y tampoco pudimos observar el espectáculo maravilloso de las enormes bandadas en vuelo, digno del mejor documental de la TV. Estas aves, diversos tipos de chorlos y playeros, vuelan en enjambres, obedeciendo a un mandato superior que los hace girar repentinamente de un lado a otro en perfecto unísono. Al girar y cambiar su actitud de vuelo, presentan perfiles a veces claros, a veces oscuros, y esta dinámica produce un efecto óptico que les da un aspecto plateado. Otra vez será... A pesar de los interesantes caracoles que junté, incluyendo una especie poco frecuente (una almeja que sería *Mulinia epidermia*), no alcanzó a consolarnos.

No fue la única desilusión: el auto no había resistido del todo el tramo de ripio, y el temor de que se trataba de una falla seria silenció a los ocupantes. Debíamos revisar al llegar a Río Grande.

Avanzamos por excelente pavimento hacia el sudeste, bordeando el mar por la característica diagonal atlántica de la isla. Pasamos la famosa Misión Salesiana, y entramos a Río Grande, y nos dirigimos de inmediato a la agencia Renault. Mi mujer descendió, yo pase al lugar del copiloto, y un mecánico nos llevó a “dar una vuelta”. ¡Que vuelta! Probó el auto circulando por la transitada costanera, acelerando hasta 140 km/hora en tramos donde yo no hubiera sabido alcanzar los 60. Atrás, los chicos estaban en trance, y algo pálidos. A la vuelta el mecánico dictaminó la causa del problema: un semieje gastado. Se había desplazado el fuelle de goma que cubría la unión del semieje - esto habría ocurrido tal vez semanas atrás - y el ripio encontró aquí su oportunidad de hacer daño, reemplazando el lubricante por partículas de arena y roca – nada mejor para moler una fina pieza metálica de alta calidad. El semieje derecho había cobrado demasiado juego y pronto debería ser cambiado. Pero no había repuesto, ni aquí ni en Ushuaia, así que se repuso el fuelle y seguiríamos utilizando la pieza en el estado actual, con precaución. No se vería afectado nuestro plan. El repuesto original (para el lado derecho...) fue encargado – debería ser enviado desde Córdoba, vía Buenos Aires. Sería despachado a Ushuaia, donde haríamos el cambio dentro de pocos días.

Pasamos por la famosa tienda “La Anónima” donde compramos comida para los 4 días que estaríamos en la estancia, y retomamos la Ruta 3. Cruzamos el río Grande y continuamos hacia

el sur. La preocupación causada por el problema mecánico no nos permitió disfrutar del paisaje atractivo. Pasamos la Estancia Viamonte, la Punta María y ascendimos hacia los bosques.

Ya era tarde, casi las 10 de la noche, pero aún había buena luz. En la isla las rutas secundarias se indican con letras, y nosotros doblamos ahora por la Ruta "a". Solo restaban los últimos 40 km. para llegar a la estancia, por buen camino de ripio, que se internaba por densos y mágicos bosques. Pasamos varias estancias, y ansiosos esperábamos el cartel que indicaba nuestro destino: la Estancia Cabo San Pablo perteneciente a la familia Apolinaire, donde pasaríamos 4 noches.

Una buena hora nos llevó, y alcanzamos el lugar cuando ya era de noche. Al no conocer el lugar dudábamos donde debíamos anunciarnos, pero pronto estábamos conversando con los dueños, quienes nos indicaron a nuestra "casita".

De noche no pude distinguir como era el casco, pero vi la elegante casa principal, de chapa como todas las demás, y perfectamente pintada de amarillo. Había una fila de otras casas, y una de ellas era la que ocuparíamos nosotros. Eramos los únicos huéspedes.

La dueña, Rachel, nos invitó a pasar. El primer trámite era quitarnos los zapatos y, opcionalmente, colocarnos alpargatas secas y de todos los tamaños que poblaban un gran canasto ubicado en el hall de entrada.

- "Una costumbre muy patagónica." Explicó Rachel. Es que era una necesidad imprescindible. Era imposible salir afuera sin empapar el calzado, por que toda la zona tiene turberas, pantanos y arroyos. Y más aún si llueve, como había ocurrido hace poco: el agua emana copiosamente de barrancos, veredas y zanjas. Todo era barro, todo estaba mojado. Hasta los pastos altos, cubiertos de gotitas, empapan todo desde las rodillas hacia abajo.

La casita tenía un ambiente central comodísimamente equipado, con señoriales mesitas y cuatro cómodos sillones. El interior de la casa estaba recién pintado, y todo lucía reluciente. Rachel nos mostró las habitaciones: alfombradas, con hermosos cortinados que hacían juego con los cálidos colores de las paredes. Las camas tenían acolchados divinos que daban ganas de tirarse a dormir ahí mismo. El baño era un lujo aparte, con gruesas toallas, y delicados jaboncitos (acertadamente con forma de caracoles marinos). En la cocina había todo lo que necesitábamos, incluso algo de comida: pan, leche, café y deliciosos dulces caseros: todo para el desayuno. "El horno lo pusimos recién" dijo Rachel. "¡Es a estrenar!" agregó orgullosa.

Desempacamos el auto, evitando los charcos y barreales. Rachel había comentado que había llovido durante los últimos 40 días casi sin excepción, lo cual no había ocurrido en años.

Hacía frío, y ya era medianoche, pero aún a esta hora se escuchaba reiteradamente el sordido ruido de las Becasinas que, lanzándose velozmente en picada, emiten un ruido rasposo al pasar el aire por ciertas plumas especialmente formadas, haciéndolas vibrar. ¿Qué hacían a esa hora? Tal vez la inmensa luna lo sabía...

Nos fuimos a dormir a medianoche, satisfechos de haber llegado con nuestros hijos a esta esquina del mundo, insólita y distante. Pero cansados después de un día extenuante que había durado más de 20 horas.

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Días 5, 6 y 7: Estadía en Estancia Cabo San Pablo

Amanecimos tarde, agotados del largo viaje de 3500 km. Pero las Becasinas aún resonaban... Incluso, a pesar de su pequeño tamaño y del vasto espacio aéreo que surcaba, alcancé a visualizar una con mis binoculares. Los tres días que pasamos en esta estancia se han amalgamado en mi memoria en uno solo, aunque bien recuerdo muchos momentos extraordinarios.

Dado el mal tiempo reinante, con frecuentes lluvias, nos quedamos adentro bastante, así que parte de nuestra estadía se volcaba a las tareas más mundanas: preparar desayunos, desayunar, cocinar, almorzar, lavar, etc. De la cocina produje algunos buenos preparados, tal como una exquisita sopa de lentejas y unas pizzetas hechas con pan lactal, mientras que los desayunos y meriendas eran irresistibles, merced a los exquisitos dulces caseros provistos por la patrona.

Hubo tiempo también para repasar la guía de aves, preparándonos a distinguir las especies que debíamos tratar de encontrar aquí. Estabamos rodeados por bosque de Ñire (*Nothofagus antarctica*), y eso implicaba la posibilidad cierta de observar numerosos habitantes silvestres, propios de esta vegetación, algunas de las cuales nunca habíamos visto antes.

Las ganas por descubrir pudieron más que el frío y la lluvia. La primera mañana salimos con Nico bajo la llovizna, con capas de agua y botas, a buscar los primeros ejemplares. Nos internamos por un bosque ralo detrás del casco y a poco andar encontramos a nuestro viejo y simpático amigo de otros bosques patagónicos: el Rayadito. Hubo abundantes Cabecitanegras Australes, una Remolinera Común - que más tarde pudimos observar desde las ventanas de la casita - y escuchamos el frecuente canto del Fiofío Silbón.

Y con este último ejemplar quisiera extenderme. Al ver este pequeño pajarito de colores grises, es fácil identificarlo por su peinado estilo "raya al medio", que expone un surco blanco brillante. Parece que se quiso engominar y lucir un peinado muy varonil del siglo pasado, pero el peine afilado que utilizó, al parecer, talló un profundo tajo en su cráneo. Se trata dada más que de plumas, pero el efecto es el de una herida ósea cauterizada, practicada por cirujano neurólogo.

Otro aspecto notable de este pajarito es su canto. Más de una vez, al pasar por un bosque ralo, se oían sus llamados desde varias direcciones, indicando la presencia de 4 o 5 individuos. Esto no era sorprendente, siendo una especie muy común. Pero lo curioso era la variación de sus voces. Casi siempre anunciaba su presencia con una sola nota silbada: "...uú...". (Los puntos suspensivos al comienzo y al final intentan representar la modulación del volumen de la voz, que nace y termina muy suavemente, mientras que el énfasis central está dado por la "i" en mayúscula y acentuada). Pero esta nota se emitía afinada en tonos diferentes: más agudos o más graves, según el individuo. Cada personaje repetía su canto hasta el cansancio en su registro particular, enseñando insistentemente a los demás como se ha de cantar correctamente en DO, mientras que los demás se resistían a doblegar, aferrándose a sus muy propios SOL, LA y FA. Claramente esta especie no tiene "oído absoluto". ¿O será que esta variación permite diferenciar familias, edades o estatus social?

Otra variante del canto consistía en emitir 2 o más notas, en vez de una. E incluso algunos emitían casi un trino, algo así como "...brrrílo...", en donde parecía que la normalmente límpida nota aflautada estaba siendo emitida por debajo del agua. A diferencia de lo que recuerdo de la zona de Los Antiguos, en el norte de Santa Cruz, identificar al Fiofío Silbón por su voz resultó ser un desafío algo más complejo de lo esperado. Siempre aparecía una nueva variante, que me llevaba a pensar inicialmente que estaba ante otra especie. ¿Qué los lleva a tanta variación? Tal vez el neurólogo efectivamente tuvo algo que ver...

A la tarde salimos en auto por el camino totalmente embarrado, hacia una loma alta desde donde es posible intentar una llamada telefónica por celular a la distante Río Grande. Teníamos que movilizar los tramites para que el semieje llegue desde Córdoba sin demoras. Luego fuimos a pasear a la costa.

A pocos metros antes de llegar a la costa atlántica vimos el planeo de una gran sombra que sobrevolaba la zona, pasando por la vertical de costas pedregosas, bosques de Ñire, e incluso las zonas bajas donde corre el Río Ladrillero. Era ni más ni menos que un Cóndor Andino. Eran 2 o 3. Nos detuvimos y los observamos planeando bastante bajos sobre nuestra posición. Aparentemente, hace 15 años no frecuentaban esta zona, pero ahora son comunes. ¿Será que no les queda hábitat más arriba en las montañas? ¿Será que no encuentran alimento? ¿A cuál de las múltiples consecuencias de alteración del ambiente estarán respondiendo?

La costa en si era de puro canto rodado. Cientos de miles de piedras. Esta playa pedregosa se extendía por mucha distancia, pero hacia ambas direcciones había promontorios: hacia el sudeste el Cabo San Pablo propiamente dicho, y hacia el noroeste el Cabo Ladrillero.

El patrón de la estancia nos había contado como el navegante Magallanes despachó a su subalterno, un tal Ladrillero, a explorar esta parte de la costa, y era justamente aquí donde fondeó. Además, en el campamento terrestre se produjo un incendio- Este accidente, ocurrido hace cientos de años atrás, dejó bautizada a la pequeña bahía donde estábamos ahora: Bahía Quemado.

Terminamos el paseo con una larga caminata por el bosque, bordeando un acantilado alto coronado de Ñires, los cuales reciben el embate del viento costero. El bosque parecía ideal para ver aves, pero estaba casi desierto. Solo en el regreso observamos una Garza Bruja apostada en un árbol, y en un lugar más alejado de la senda irrumpimos en una ciudad de Ratonas Comunes (*Troglodytes aedon*).

Se trataba de una de las especies de pajaritos más comunes, tan frecuentes de observar en jardines de Buenos Aires y de casi cualquier parte del país, en particular cerca de viviendas, dada su predisposición confiada. Pero aquí estábamos ante ejemplares que se enorgullecían de ser verdaderamente salvajes. Bulliciosos, agresivos y desafiantes, siguieron de cerca nuestro paso por su zona urbanizada. En los días venideros volvimos a encontrar otros grupos de Ratonas que reflejaban el mismo comportamiento arisco. ¿Serán tribus de renegados, que nunca quisieron acercarse a la civilización? ¡Ojalá prosperen!

A la vuelta, y tras una merienda, nos percatamos que aún quedaba mucha luz, ya que por la extrema latitud aquí anochece pasada las 22 horas. El clima también había mejorado notablemente. ¿Que mejor oportunidad para hacer otro paseo? Y así es que a las 8 o 9 de la noche volvimos a salir a caminar, esta vez en busca de castores. No los encontramos, pero vimos patos, una bandada de Cauquenes Reales, y por primera vez en la vida estuvimos cerca de los loros de por aquí: las Cachañas. Grandecitas, ariscas, verdes, pero con la cola naranja-rojiza, tuvimos la suerte que se vinieran volando a una rama del mismísimo árbol bajo el cual estábamos apostados en silencio, lo que nos permitió sacarles alguna foto.

----- o -----

El segundo día en la estancia lo pasamos subidos a caballo. Ante nuestra inquietud sobre la posibilidad de cabalgar, los patrones dispusieron 6 caballos verdaderamente hermosos equipados con comodísimos recados. Eran 6 por que nos acompañaría Mariana, hija menor de los terratenientes.

Los cielos nos permitieron una salida de 6 horas. Iniciamos la cabalgata por el camino de tierra, rumbo a la costa. Pronto vimos, por primera vez, un grupo de Tordos Patagónicos.

Seguidamente comenzamos el ascenso a una loma elevada, circulando por una “calle” tallada en el bosque. A ambos lados veíamos los hermosos Ñires, mostrando todos su característica forma, con troncos y ramas retorcidas. Avanzábamos entre arboles vivientes, de hojas pequeñas de verde bien oscuro, aunque uno siempre encuentra algunas dispares que han optado por mantener el color rojo vívido del otoño, el tono oxidado de la hoja seca invernal, o un amarillo brillante – vaya uno a saber de cual estación. El bosque no siempre era muy tupido, y en algunas partes diría que era bastante ralo, con arboles dispersos sobre una alfombra de pasto verde intenso. Todo en derredor de los arboles yacían innumerables troncos caídos y secos, algunos presentando desnudos su madera muerta, casi blanca, y otros recubiertos de abundantes líquenes, hongos y helechos. Pero todos ellos exponían formas aún más retorcidas, testimoniando la agonía y el dolor de la muerte.

Sobre las ramas de los arboles vivos aparecían los llamados “Farolitos Chinos” (género *Myzodendron*). Estos vegetales parásitos de aspas radiales, cuyas inflorescencias terminales delimitan un espacio casi esférico de hasta un metro de diámetro, presentan colores brillantes y variados. Algunos pintaban de naranja o verde amarillento, y otros de rojo púrpura oscuro.

Casi todas las ramas, incluso las muertas, estaban pobladas de curiosos líquenes de color gris verdoso, aptamente denominados “Barba de Viejo” por su aspecto de ramilletes de largos cabellos colgantes. Este último componente es el que daba espesor, multiplicando muchas veces el espacio ocupado por las delgadas ramas secas, y convirtiendo el paisaje en un verdadero entretejido corpóreo. Una maraña complejísima.

Este tramo fue tal vez uno de los pasajes de bosque más hermoso de todo el viaje. Al observar esta belleza multicolor que deleitaba la vista, traté de explicar objetivamente la razón por la cual uno confiere a esta visión ese justo calificativo: “belleza”. Llegué a la conclusión que, aparte del vívido colorido, tal atribución era consecuencia de la increíble complejidad y pureza de la imagen que llegaba a mis ojos tras surcar el aire fueguino cristalino. Infinidad de pequeñas hojas crenuladas en cada una de las miles de ramas que hubiera podido contar, infinidad de grietas en la corteza de cada tronco, infinidad de planos ocupados parcialmente por Barba de Viejo, dejando ventanas naturales que invitaban al juego de ocultamiento del plano siguiente. Y todos estos detalles llegaban juntos, nítidamente, y se asimilaban. ¡Que asombrosa es la capacidad de visión! Tal vez esa complejidad visual satura al intelecto, obligando a la mente a deponer para otro momento todo pensamiento, ansiedad y preocupación. Estaríamos embriagados visualmente, y por eso el paisaje era bello. ¿Será por eso que las edificaciones de El Alambra son hermosas, al quedar uno encandilado por los infinitos arabescos pintados en las mayólicas que adornan sus paredes, domos y columnas?

Los caballos subieron la loma como si fuesen tractores, y buscaron acelerar el tranco para que su sufrimiento dure menos. De pronto la subida terminó, y también el bosque y la montaña: estábamos ahora frente al mar, en la cima de un acantilado. Sus paredes no eran verticales, sino inclinadas, exponiendo una gran ladera de arena y roca que bajaba a la costera. El paisaje era hermoso, pero aquí la sensación de belleza tenía otro origen: se debía a la serenidad de la imagen. La inmensidad del mar y del aire. Detrás, el fondo celeste del cielo, el horizonte y el Océano Atlántico, hoy calmo. Un paisaje infinito, armonioso y simple. El único accidente visual era el promontorio del Cabo Ladrillero, compuesto por una gran lomada que se internaba en el mar casi frente nuestro. Por su gran dimensión, y por nuestra ubicación particular respecto del mismo, nos daba una extraña perspectiva del cabo que no permitía comprender del todo su forma volumétrica.

Decidimos desmontar para almorzar. Comimos mientras charlábamos con nuestra guía, aprendiendo de las vicisitudes de la vida lejos de todo. Cada 15 segundos observábamos el veloz paso de unas golondrinas que, con gran maestría a pesar de sus pequeñas alas, circulaban entre los arboles y nuestro improvisado comedor en declive, volando a medio metro del piso.

Mostré a Mariana que se trataba de dos especies distintas: esta era la Patagónica, con su evidente rabadilla blanca, y aquella era la Barranquera.

Pero pronto pasó una sombra. Eran los Cóndores de nuevo, que en grupos de 2 o 3 sobrevolaban la pendiente del acantilado. Un extraordinario lugar para tomar fotos, puesto que las aves pasan muy cerca del borde, permitiendo tomas desde arriba, ideal para captar el blanco del lado superior de sus alas. ¿Y como fondo? ¡Mar! ¡Que extraña combinación! Aproveché para darme el lujo de captar fotos de Cóndores con una lente gran angular de 24mm, mostrando así no solo el ave, sino también el curioso hábitat elegido por estos individuos. Pero una vez que puse el teleobjetivo para hacer tomas más cercanas, había perdido las mejores pasadas, así que no logré fotos ideales.

Volvimos a montar. Tras una peligrosa bajada, un galope y una caída inconsecuente, volvimos a la ruta, y tras recorrer más de 6 km. por el camino de tierra de vuelta hasta llegar al casco, desmontamos. Nos sentíamos muy pequeños al recuperar nuestra verdadera estatura. Y allí mismo apareció nuestro primer Diucón; ave gris, casi del tamaño de un zorzal, y de ojos colorados. La emoción de ver una especie nueva ayudó mucho a aliviar el lento y doloroso proceso de reacomodamiento pélvico, después de tantas horas apoyado en la montura.

----- o -----

En último día nuevamente estuvo lluvioso. Recién habíamos desayunado cuando golpearon a la puerta de la casita dos fornidos alemanes: uno era camarógrafo, y el otro biólogo especializado nada menos que en murciélagos centroamericanos. La patrona los había orientado a nuestro refugio con la esperanza que pudiéramos darles una mano. Tenían contrato con la TV alemana y Discovery para producir una película acerca de los indígenas fueguinos, sus fábulas y su relación con la fauna. Y hoy habían venido desde Ushuaia en busca del Carpintero Gigante, preferentemente con nido y pichones. ¡Que curioso! Nosotros también los andábamos buscando...

¡Ya éramos varios entonces que perseguíamos sin éxito a estos pajarracos del bosque! Hasta ahora los habíamos rastreado asiduamente los 5 sentidos en cada salida, sin resultado. Los alemanes nos explicaron que la idea de filmar cerca de un nido activo era para facilitar la oportunidad de hacer tomas, ya que si las aves se espantaban, el instinto paternal seguramente las haría volver una y otra vez a sus pichones.

Les convidamos café para aliviarlos del frío que evidenciaban, oímos sus historias, pero no teníamos datos para orientarlos. Luego de intercambiar emails, los despedimos de vuelta a la intemperie, fría y lluvioso.

Después de almorzar decidimos también salir a encontrar los carpinteros, que en opinión de los dueños de casa eran “muy comunes, acá nomás, en los arboles detrás de la casa”. Hoy era nuestro último día, y no podríamos enfrentar la partida sin haberlos visto aquí, donde son “infaltables”.

Nico y yo salimos en la búsqueda. Reinaba el frío, los pastos largos estaban empapados, pero al menos no caía más agua. Pronto encontramos en el bosque una especie nueva, el hermoso e inquieto Picolesna Patagónico, trepando troncos y avanzando por las ramas de manera invertida. Su curioso pico parece haber sido colocado al revés. Pero del carpintero, nada. Guardaríamos al hallazgo del Picolesna como “premio consuelo” de esta salida, si no teníamos éxito. ¡Cómo lo desmerecimos!

Muchas veces nos parecía oír un distante traqueteo que, esperanzados, atribuíamos a golpes del carpintero contra un árbol, pero seguramente era sólo nuestra imaginación. A veces el bosque

era muy ralo, y no parecía ser el hábitat correcto. Pero recordábamos las animosas palabras de los dueños, y no perdimos las esperanzas. Seguramente en aquel bosquecito, unos cien metros más adelante, había una buena posibilidad de que aparezca...

Entramos al bosquecito y, de repente, oímos algo, no muy lejos. Nos detuvimos a escuchar en silencio. Golpe tras golpe, pronto maduró en nosotros la certeza de haber dado con la especie buscada, en el preciso lugar donde la vinimos a buscar. Pocas alegrías son tan intensas, y seguramente mi sonrisa y expresión de entusiasmo eran tan encendidas como la que veía en la cara de mi hijo. ¡Y aún no habíamos visto nada!

No queríamos precipitar el avance, a no ser que se vuela. Nos acercamos con extrema cautela y sin la más mínima prisa. Siendo golpecitos irregulares, pensamos que podría tratarse de otro carpintero, el Bataráz, en lugar del Gigante, pero de cualquier manera, sería todo un descubrimiento. Estábamos ansiosos. Se estaba por cumplir una de dos añoranzas. ¿Cuál será?

¡Y lo vimos! El inconfundible rojo puro de la cabeza y mitad del cuello del Carpintero Gigante macho, en el piso, picoteando un tronco desmembrado en busca de bichitos. Pronto advertimos que estábamos rodeados por toda una familia. Divisamos a la hembra, totalmente negra y con su ridículo pero distinguido "jopo" encorvado hacia delante. Y posado verticalmente en un árbol, el juvenil, que presentaba el mismo rojo vívido solamente en su modesto copete.

Nos encontrábamos en el medio de una típica escena familiar: el macho, indiferente, glotón, descuidado, continuaba interesado en sus escarabajos. El juvenil ruidoso e ingenuo, seguía peligrosamente cerca, "chateando". La hembra precavida y desconfiada, dictaba órdenes tanto a su hijo desobediente como a su marido perezoso, y ni uno ni otro la obedecían. Testimoniamos la escena desde el centro de un triángulo equilátero, con un carpintero gigante en cada vértice, a sólo 5 o 6 metros. Eramos dioses en el cielo de la ornitología. Nos miramos una y otra vez, cómplices de estar disfrutando este momento. ¿Cuánto más duraría? ¿Será la única vez en la vida que estaremos juntos frente a estos bichos?

De repente la hembra se voló a otro árbol, mostrando un despliegue de plumas blancas que tiene escondidas entre sus alas. El macho sintió entonces la necesidad de hacer algo por su familia. O tal vez estaba respondiendo al llamado que intentábamos reproducir contra un árbol, con la esperanza de atraerlos aún más. ¿Llamado?

Habíamos visto alguna vez un video extraordinario sobre aves que mostraba como, con un simple traqueteo realizado con dos piedras sobre un tronco de árbol, permitía atraer a estos carpinteros a una distancia increíblemente corta. En consecuencia, durante los últimos tres días, había hecho el esfuerzo de recorrer las subidas y bajadas fueguinas lastrado con dos piedras en el bolsillo – no vaya a ser que, de presentarse un carpintero, no encuentre piedras en el lugar. Pero ese día no las traje. Y ahora que realmente las necesitaba, descubrí que, en ese preciso sitio, no había una sola piedra. ¡Mi reino por una piedra! ¡O dos!

Este carpintero utiliza su pico como miembro multiuso. De golpe duro, afilado y preciso, lo utiliza para tallar su nido en los durísimos troncos de Ñire y para escarbar bajo las cortezas en busca de alimento. Incluso, haciendo golpes y asistido por su audición, ubica huecos en la madera donde están alojadas las larvas que componen su dieta – una manera de prospección y búsqueda de sitios donde perforar que garanticen resultados comestibles. Pero también lo usa para emitir una advertencia sonora, que sirve para mantener contacto con sus congéneres en el denso bosque, y para desafiar a competidores y enemigos. Su mensaje característico es un potente "ta-tac", compuesto por dos golpes sonoros, secos y certeros, separados por un intervalo de tiempo tan corto que ambos casi se funden en uno. ¿Menos de una décima de segundo? La transcripción correcta sería, más bien, "¡tarák!". No cualquiera puede emitir dos golpes fuertes tan juntos, y estimo que el más macho posee la mayor destreza para realizarlo. Sería entonces un indicador de virilidad y dominio territorial en esta especie.

Para tratar de imitar esta sonorización, nada mejor que disponer de dos piedras. Con maderas la imitación es pobre, por que el golpe no logra la misma característica acústica, seca y contundente que produce el ave con su pico. Y una piedra sola no basta, por que la inercia no da tiempo a realizar los dos golpes tan juntos. Hacen falta las dos piedras.

Pero, dada las circunstancias, tratamos de imitar el sonido utilizando dos trozos de palo, empapados, ramosos, y en proceso de descomposición. Apenas logramos burlar al macho, que voló a un árbol seco algo distante y martilló su “ta-tac” tal como lo habíamos notado en el video. Una o dos veces lo emitió, nada más. No creo que estuvimos a su altura para desafiarlo. No éramos competencia para él, y no tenía por que enfrentarnos. No había contienda, y se voló. Su familia lo siguió.

La experiencia resultó maravillosa, y quisimos compartirla con el resto de la familia. Luego de una reconfortante merienda en la casita, los cinco remontamos de nuevo la larga cuesta hasta el sitio del hallazgo. Al llegar al mismo lugar, los volvimos a ver. Nos sentamos en un tronco y seguimos el acomodamiento de padre, madre e hijo macho ante nuestra presencia, hasta que al fin se volaron.

¿Piedras? ¿Para que?

Faltaba aún cumplir con la observación de otro animal: los castores. Bajamos hacia el río por un bosque hermoso y allí encontramos que el valle estaba endicado por arquitectos industrioses. Grandes troncos caídos mostraban claramente como habían sido partidos en dos por el filoso tallado de los dientes de estos mamíferos traídos desde Canadá.

El paredón de palos construido por los castores estaba coronado de tierra con pasto crecido, y tenía un suave declive aguas arriba internándose en la laguna creada por el cierre del cauce. Aguas abajo se notaban estructuras de refuerzo que parapetaban el dique para contener la presión ejercida por el agua. En toda la laguna había arboles caídos, la mayoría no cortados sino muertos por la inundación resultante. Esto creaba diversos escondites, y de uno de ellos vimos salir nuestro primer castor. Evidentemente nuestra presencia no era muy bienvenida, por que no vimos más actividad. Pero habíamos comprobado que vivían, y eso nos bastaba - por ahora.

Según nos había contado Juan Apolinaire, los castores - traídos con fines peleteros hace más de 50 años - han invadido la isla, y ya han causado la pérdida de 1,6% del bosque fueguino. A diferencia de las especies arbóreas de su lugar de origen, los Ñire crecen muy lentamente, dificultando la recuperación forestal. Además, al no tener enemigos naturales, los castores se multiplican y se han convertido, lamentablemente, en una plaga.

Esa noche tuvimos oportunidad de contar a los dueños de casa sobre nuestra experiencia con los carpinteros, en un banquete algo formal que nos ofrecieron. ¡Cordero patagónico al horno! Delicioso...

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Días 8: Ida hasta Ushuaia (224 km.)

Al día siguiente desayunamos, empacamos las valijas, cargamos el auto, y nos despedimos de la casita, de los amables dueños y del hermoso lugar.

Pasamos una media hora en la playa, que aproveché - desafiando vientos y mucho frío - para buscar escasos caracoles. Solo encontré ejemplares pequeños entre las raíces de algas de Cachiuyo. Finalmente decidimos partir de Cabo San Pablo y emprender el camino hasta Ushuaia.

Este viaje no llevaría hasta el final de la Ruta 3, pasando por bosques de Lengua y cruzando la cordillera, que en esta parte del mundo corre de este a oeste.

Nos llevó una hora llegar al pavimento. Pronto estábamos en Tolhuin, pasamos el Lago Fagnano, y nos detuvimos a comer al borde de un arroyo. Luego comenzamos el ascenso hacia el Paso Garibaldi, bordeando el Lago Escondido. Desde la cima del paso la vista del lago es única, impresionante. Desde allí, y haciendo el máximo uso del poder telescópico de nuestros binoculares, divisamos dos cóndores que planeaban por una ladera alta y distante de la montaña, revestida de nieve en los lugares que no eran pura roca.

La bajada hacia el lado sur es una sucesión de paisajes multicolores, donde el azulado de las distantes montañas contrasta con el ocre de los valles, pintados de anaranjado intenso en aquellos bajos donde se ha formado turba. Desde arriba los charcos de agua se ven negros. Las laderas exponen rocas grises, marrones y rojizas, a veces de extraordinarias formas y matices. Los bosques verdes. Las cimas nevadas de blanco. ¿Me falta algún color?

¡Sí!. Tras pasar al pie del elegante Monte Olivia e ingresar, conmocionados, a la zona urbana de Ushuaia, de repente uno se da cuenta que allí nomás está el Canal de Beagle, azul Sulfato de Cobre. Es el límite natural de este y todo viaje patagónico y, salvo que algún día visitemos la Antártida, será la costa más sureña que veremos jamás. De nuevo mirando el mapa pudimos apreciar muchos de los detalles geográficos del canal, que tiene como telón de fondo las altísimas y nevadas montañas de las islas Chilenas.

Estábamos orgullosos de haber logrado tan extensa travesía, cumpliendo al pie de la letra el cronograma planeado desde Buenos Aires. Y por que habíamos llegado a la ciudad natal de mi mujer.

Pasaríamos 5 noches en un bungalow, y la primera misión ahora era cruzar la ciudad, ubicar el complejo "Aldea Nevada", e instalarnos allí. Nos pasamos de largo, pero finalmente ingresamos al predio y nos detuvimos frente a una de las casitas, en el espacio reservado para estacionar. El lugar era extraordinario, puesto que cada casita estaba escondida de las demás por un bosque tupido de Lengas que se extendía en una oscuridad impenetrable de cientos de metros. Desde aquí llamamos por celular a la persona que nos abriría la casita. Nos indicó el número de bungalow que nos correspondía. ¡Era precisamente el que estaba frente a nosotros! No tuvimos que mover el auto. Descargamos, merendamos y fuimos a comprar alimentos y recorrer la ciudad.

La casita era muy cómoda, y tenía todos los enseres, incluso una hermosa salamandra a gas en el centro del comedor/dormitorio. Calefaccionaba como ninguna para erradicar el frío exterior. Afuera, el bosque de lengas era una maravilla, cubriendo todo espacio disponible, a excepción del retorcido camino de circulación interno del complejo, y las casas mismas. Llegamos precisamente en la semana de maduración de los frutos de un hongo, el **Llao-llao** (*Cyttaria hariotti*), que vive prendido a troncos y ramas de las lengas. A causa de esto, todo el camino y

todas las lomas arboladas estaban salpicadas de frutos esféricos del tamaño de una pelotita de ping-pong - y no más pesados tampoco - de color anaranjado pálido. Presentaban pequeñas hendiduras en toda la superficie, pareciéndose a cráteres lunares. Caían de los árboles a casi cualquier hora del día y de la noche, haciendo un sonoro golpe en el techo metálico de la casita. La maduración duró poco, puesto que cuando partimos, 4 días más tarde, era imposible encontrar uno para fotografiar.

Nos relacionamos con tres individuos que habitaban afuera de la casita: un perro, una gata y un pajarito. La gata, intrusa, apátrida y oportunista, era a la vez víctima y victimaria. Para hacerse amiga fingía todo tipo de seducciones que hacían blanco en nuestros corazones. Varias veces logró escabullirse entre nuestras piernas, pasando por la puerta. Así pudo absorber algo de calor del cálido interior - al menos durante unos breves instantes, por que pronto se la veía volando por los aires. Parece que le gustaba nuestro tratamiento por que volvía por más. Como solución efectiva enrolamos a Max, un hermoso labrador, negro y joven, mascota de los dueños del complejo. Max era dueño de una extraordinaria predisposición directa. En su momento de gloria, desde el balcón de la casa mantuvo a la gata en vilo durante media hora, prendida por sus uñas a una lengua. El perro alejaba al gato, pero en cambio el gato no alejaba al pajarito, una Ratona Común, que anidaba en la zona. Toda vez que el gato andaba cerca de la casa, también la ratona estaba presente. A fin de proteger a su nido, que descubrimos a cierta distancia, saltaba incansablemente de tronco en tronco y de rama en rama, haciendo todo tipo de acrobacias, con la firme convicción que su despliegue intimaba al gato. Esta ratona es la misma que fotografié llevando un insecto en el pico.

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Días 9, 10, 11 y 12: Estadía en Ushuaia

Semanas atrás, antes de iniciar este viaje al sur, mientras intentaba entusiasmar a mis hijas sobre los beneficios de afrontar tan larga expedición al sur, en un momento de arrojo les prometí que veríamos nieve. Verdadera nieve...

Hoy íbamos a conocer el Parque Nacional Tierra del Fuego. Pero al salir del predio, en vez de bajar hacia la ruta, instintivamente tomé el camino que sube hacia el Glaciar Le Martial a fin de "echar una mirada". Luego de exactamente 22 curvas y contracurvas en ascenso, llegamos al estacionamiento de la aerosilla. Sin estar en nuestros planes, caminamos hacia la boletería, y pronto teníamos pase para subir. Abrigados y entusiasmados con el cambio de destino, pisamos las huellas pintadas en el piso y apoyamos el asiento cuando la silla se acercó por atrás. Pronto estábamos en el aire, colgados del cable, pendulando levemente sobre bosques espectaculares, acercándonos imperceptiblemente al alto y distante cordón montañoso.

Al llegar al otro extremo del cable nos bajamos a tierra firme. Desde la silla habíamos echado el ojo a un planchón de nieve ubicado a escasos 50 metros de allí. Era el primer objetivo incuestionable, y nos abalanzamos en llegar. Pronto mi hija menor cumplió su sueño de tocar nieve de verdad – no de la nevera.

Luego de bordear un arroyo, comenzó una fuerte subida hacia enormes placas de nieve y hielo adheridas a la montaña. Mientras las mujeres tomaron este camino, Nico y yo nos desviamos para buscar aves. Y vimos varias especies nuevas: dos Dormilonas, una Remolinera Chica, y un Yal, todas variedades que habitan estas alturas gélidas. Estábamos prácticamente por encima de la línea de vegetación arbórea. Aún había cobertura arbórea, pero aquí apenas sobrevivían como matas achaparradas de medio metro de altura. Otras plantas recordaban especies "árticas", compuestas por domos vegetales de color verde brillante. La foto muestra las lengas en curioso crecimiento, un tanto más abajo.

Las vistas desde este lugar son espectaculares, tanto hacia arriba, como hacia abajo, permitiendo apreciar toda la ciudad de Ushuaia y el Beagle. Pero nada nos sorprendió más que la intensa precipitación de aguanieve que nos empapó.

Borrachos de nieve, mojados y congelados, pero contentos como pocas veces, volvimos a la aerosilla y a la casita. Luego de una merienda caliente, y siendo ya bastante tarde, nos dirigimos al Parque Nacional.

Primero recorrimos el Río Pipo y luego bajamos hasta la hermosa Bahía Ensenada, donde junté caracoles. Aquí, parado en el muelle, un pichón de Remolinera Araucana voló hacia mí y se posó entre mis pies, donde no pude fotografiarlo. Luego fuimos hasta el Lago Roca, donde buscamos el campamento organizado - en forma condicional - por la Asociación Ornitológica del Plata. Seguramente me encontraría con muchos conocidos, amantes de las aves. Pero no encontramos nada, y concluimos acertadamente que la expedición había sido cancelada. Visitamos Lapataia, tomamos la foto del último mojón de la Ruta 3, y comenzamos la vuelta.

Pero los días aquí eran aún más largos, y para aprovecharlo nos detuvimos a recorrer un encantador sendero – eso sí, en fuerte bajada – que serpenteaba por los bosques de Lengua. A diferencia del Ñire, estos arboles crecen altos, rectos y grandes, conformando un paisaje muy distinto. ¿Posibilidad de encontrar más carpinteros? Vimos probables nidos, pero ninguno respondió a nuestros "¡ta-tac!", ahora sí, ejecutados magníficamente con dos auténticas piedras. Pero oímos un extraño canto reiterado hasta el cansancio. No vimos el pajarito que recorría el piso del bosque, pero de vuelta en casa, al oír las cintas grabadas de los cantos de aves patagónicas, lo identificamos certeramente: había sido un Churrín Andino.

Al día siguiente salimos hacia la Estancia Harberton, aunque partimos bastante tarde - señal ya de cierto cansancio. Para llegar en auto se toma el camino que vuelve a Buenos Aires, y antes de comenzar el asenso al Paso Garibaldi, aparece el desvío a tomar. El camino de ripio llega a la estancia por una diagonal en dirección sudeste, pasando por fantásticos bosques de Lengua. Nos tocó un día frío y lluvioso, pero igualmente almorzamos en un bosque. En ese paraje silvestre los arboles crecían tan tupidos que la madera de tantos troncos juntos no nos permitía ver el bosque...

Llegamos a la costa y no perdí oportunidad de juntar caracoles. Allí había muchos mejillones. Mientras juntaba demasiado de lo mismo, un amable poblador que pasaba en su camioneta, al observar mi actividad en la costa armado con bolsita de plástico, supuso lo peor: Bocinó y gritó enfáticamente para advertirnos sobre la peligrosa marea roja que afectaba los moluscos, causando la muerte si son ingeridos. Me pregunto si hubiera comprendido mi interés de coleccionista. Pero con seguridad no me vería vivo comiendo este tipo de bichos, halla marea roja o no.

Seguimos camino. Más adelante tuvimos la oportunidad de observar una familia de Diucones dándose un “baño” de polvo en el camino seco, no permitiendo interrupciones a su sagrado ritual. Llegamos finalmente a la estancia.

Harberton. ¡Que destino! Una “meca” distante y añorada para cualquiera que haya leído algo sobre Tierra del Fuego. No sabíamos que esperar allí, aunque hoy no nos interesaba demasiado realizar el recorrido histórico por el lugar. Pero el nuevo museo... eso podría ser interesante. Y lo fue.

Al ingresar, nos tomó de ahijados Pedro Russo, estudiante de veterinaria que está especializándose allí. Pedro nos guió a través de todo el museo - que aún no está inaugurado - brindando todo su conocimiento y respondiendo a todas nuestras preguntas. Mucho del material se hallaba aún en preparación. El centro del espacioso salón estaba colmado de elementos de trabajo: caballetes, latas de pintura, placas enormes ahuecadas con curiosos calados, varillas de hierro, etc. A un costado veíamos el meticuloso trabajo de ensamble del esqueleto de un inmenso delfín. En estas condiciones el recorrido ciertamente no era todo lo estético que será finalmente, pero nos permitía una visión muy interesante de la actividad de montaje de esta instalación. De la mano de Pedro fue todo un privilegio ser testigo de esta etapa de creación que, en un futuro, será historia.

El museo se dedica exclusivamente a mamíferos marinos: Ballenas, delfines. ¿Qué más? Lobos marinos, focas, orcas, cachalotes, marsopas... ¿Y que es lo que se expone? Los huesos. Pero la disposición de los elementos es (y será) asombrosa. Para cada animal expuesto, el artista, Gustavo Farrel, ha realizado una pintura en tamaño natural extraordinariamente bien resuelta, logrando simular con su pincel y de manera perfecta diversos efectos lumínicos. Dan la ilusión que se está observando el animal desde abajo de la superficie del agua. ¡Felicitaciones Gustavo por cada milímetro cuadrado de ese inmenso fresco! Por delante de esta silueta ilustrada se presentan, a la misma escala y en la misma postura, los restos óseos, impecablemente armados, sin que aparezcan soportes ni refuerzos visibles.

Según los entendidos, la creadora del museo, Natalie Goodall, tiene una asombrosa cantidad de material, es decir, esqueletos de una gran variedad de especies. Inclusive tiene cráneos de delfines enormes, moradores de las profundidades que pocas veces han sido vistos vivos, y de los que muy poco se conoce, más allá de su nombre científico.

Por lo pronto deslumbra el edificio ya terminado del museo erguido en este insólito lugar con aportes de una petrolera, **Total Austral** si mal no recuerdo. Bien podría, y con mayor derecho del que existe en Ushuaia, ostentar el nombre de “Museo del Fin del Mundo”. Las instalaciones de laboratorio son asombrosas e insisto, más aún cuando se trata de un lugar tan apartado del resto del mundo. La magia del artista y el armado de los especímenes ya están muy adelantados.

Pronto se inaugurará formalmente, y no me cabe dudas que será elogiado merecidamente por todas las entidades científicas, educativas y turísticas. Es notable la trayectoria de Natalie Goodall, bióloga norteamericana, casada con un heredero de la estancia. Tal vez nadie haya hecho tanto como ella para promover el turismo en la isla de Tierra del Fuego. Sus mapas temáticos ilustrados son famosos, y su guía, fue, es y será siempre la referencia primaria de todo visitante. Y la felicito también por que dicha guía está colmada de innumerables consejos para que el visitante aprenda a respetar, proteger y ayudar a conservar toda la vida natural de la isla. Seguramente su palabra escrita ha sido acatada por muchos turistas y gente local.

NOTICIAS RECIENTES:

El 13 de Marzo salió publicado en el diario Clarín (de Bs. Aires) una nota sobre este flamante museo. Natalie Goodall aparece en una foto al lado de un espécimen.

En el museo tuvimos oportunidad de saludar al marido de Natalie, Tom Goodall. Nos atendió un momento, vestido con su vaquero estilo “jardinero”, el cual, entiendo, es su único uniforme. Tom retenía en su memoria detalles imborrables de una tragedia naval ocurrida hace más de 40 años, donde pereció un familiar cercano. Fue una corta conversación, pero Tom nos emocionó con las vivencias que relató sobre aquella brutal tormenta que causó el accidente, en aguas muy cercanas. De alguna manera, nos permitió recrear ese momento en nuestra imaginación. ¡Gracias Tom!

Cumplida la visita al museo de casi tres horas, seguimos recorriendo la costa unos kilómetros hacia el este, hasta que la hora y el mal tiempo nos recomendó emprender la vuelta a Ushuaia.

----- o -----

Al día siguiente dediqué la mañana para realizar varias llamadas telefónicas: una al trabajo, una a Río Grande para coordinar la llegada del semieje del auto, y dos a Chile para reservar hotel y transbordador para el viaje de vuelta. Habíamos resuelto un recorrido distinto, cruzando el Estrecho de Magallanes desde El Porvenir hasta Punta Arenas. Era imprescindible reservar.

A la tarde visitamos la Base Naval, donde fuimos recibidos por un oficial que nos atendió gentilmente. En su despacho agotamos inquietudes y preguntas relacionadas con aquel trágico hundimiento del Remolcador Guaraní en 1958. De allí llegamos al puerto para visitar el monumento dedicado a esta pequeña nave, enviada a su fin en cumplimiento del deber. Luego visitamos un mirador que domina el Canal de Beagle, desde donde contemplamos largamente la furia de los vientos que ha hecho de este mar un lugar tan peligroso.

----- o -----

Comenzó el último día en Ushuaia. Primero el auto. El repuesto había llegado desde Córdoba, y en poco tiempo fue reemplazado el semieje defectuoso. Felizmente la falla no había sido muy seria y en los días que anduvimos por Ushuaia nunca nos quitó movilidad. Y felizmente la pieza enviada había sido la correcta – echando por tierra mis peores vaticinios que enviarían el de la rueda opuesta...

Mientras el auto estaba en cirugía, visitamos el Museo del Fin del Mundo, que muestra algunas de las reliquias de la historia de Ushuaia. Incluye una colección notable de unas 50 o 60 especies de aves embalsamadas. Las aves están numeradas, y la clave con los nombres figuran en los ángulos de la vitrina. Mientras Nico y yo nos pusimos a prueba identificando en 5 minutos todas las especies fueguinas, saltaron a la vista un par de errores en la asignación de nombres. Me interesó mucho la maqueta del bergantín "Beagle", que llevó a Darwin por el mundo. Luego almorzamos y de allí nos lanzamos de nuevo al Glaciar Le Martial.

Es raro que repitamos la visita a una atracción, pero esta vez era casi natural hacerlo, sencillamente por que lo habíamos pasado tan bien en la primera oportunidad.

Tomamos de nuevo la aerosilla hacia las alturas. Todos juntos comenzamos el ascenso a pie de la empinada cuesta. Esta vez subimos mucho más alto y fue necesario hacer innumerables descansos de 3 minutos - que se hacían 5 - para recuperar las fuerzas. A media altura nos sorprendió una fantástica tormenta de nieve de gran intensidad. Tanta nieve caía, que el paisaje se tornó borroso y grisáceo, perdiendo el panorama toda insinuación de color. Vimos caer los verdaderos copos blancos, que a diferencia del aguanieve de la primera visita, hacían su suave e irregular planeo hasta tocar las piedras, donde se derretía casi enseguida ¡Esta si era una nevada de nieve verdadera! ¡Que alegría para todos!

Subimos y subimos, haciendo “asaltos” cortos y descansos largos. ¡Que cansancio! Cuando llegamos a la cima de una loma nos sentimos en la cúspide del mundo. Contemplamos aquel paisaje inolvidable: el valle, la distante ciudad, el Canal de Beagle y las enormes montañas de las islas chilenas. A nuestras espaldas las cumbres del cordón del Martial, de pura piedra pardo-violácea, manchadas por zonas blancas de nieve, seguían siendo una inmensidad inalcanzable.

La bajada de la montaña fue más fácil: nos acercamos a una enorme placa de nieve, inclinada como tobogán, y surgió la alocada idea de bajar en trineo. Entonces, cada uno apoyó en la nieve su pilotín de plástico – parte del riguroso kit que debe estar siempre a mano en Tierra del Fuego - y se sentó encima. La velocidad que alcancé fue frenética, casi haciendo trompo, desequilibrado. Iba volcado hacia atrás para lograr más velocidad, imposibilitando la visibilidad hacia adelante, y no sabía si iría a impactar contra alguna roca. Trataba de frenar clavando los talones en la nieve que pasaba velozmente, pero solo producía un amplio y caudaloso rociado de nieve, y tal vez un cambio de orientación, pero poco frenaba. Al menguar la pendiente, de repente se detuvo este trineo humano, y me puse de pie. En el caso de Nico el disfrute fue tal que, al llegar abajo, no dudó: a pesar del extremo cansancio del que se venía quejando en la montaña, ahora la excitación y emoción causadas por su primera experiencia de “deporte invernal” dio para volver a subir el largo trayecto hasta el borde superior del tobogán y así poder repetir la patinada. ¡Y subió corriendo, por la nieve, desenfrenado!

En dos minutos armamos un hombrecito de nieve. Al juntar la nieve con mis manos sentí que el frío helado me quemaba la piel. La secuela me duró un día entero.

Esa tarde descartamos un par de pilotines hechos triza - ¡pero muy bien amortizados!

Tarde, pasadas las 20 horas, juntamos fuerza para regresar al Parque Nacional y aprovechar lo poco que quedaba del día. De alguna era una despedida de este lugar que habíamos recorrido deficientemente. Volvimos a la Bahía Ensenada donde levanté algunos caracoles, y nos dirigimos a Lapataia. La idea era visitar una castorera y quizás encontrar un Churrín que pudiésemos observar, ya que días atrás solo lo habíamos escuchado. Tuvimos suerte, por que cumplimos ambos objetivos. Los castores desfilaron en cantidad muy cerca de nosotros. Y el Churrín respondió al llamado emitido de nuestro grabador, a pesar de lo tarde que era: mas de las 22 horas. Y lo vimos, en la tenue luz de la última hora del último día.

En los días que estuvimos en Ushuaia no pasamos tanto tiempo en los bosques de Lenga (*Nothofagus pumilio*), pero no por eso dejan de ser impresionantes. Cada árbol es un monumento a la perfección, con su tronco grueso, recto y alto. ¡Altísimo! Por eso se habla en la isla de "bosque bajo" - el de Ñire, y "bosque alto", el de Lenga. Ojalá pueda volver para disfrutar más de este bosque. Y no puedo cerrar el capítulo sin incluir una mención de la cuestión que arriesga hoy su supervivencia, consumiéndolo con fines madereros.

Es natural en cualquier empresa la búsqueda de fórmulas para crear dividendos. Algunas han encontrado que pueden hacerlo extrayendo madera de nuestros bosques. Y es natural que resuelvan los problemas que se presentan en el camino. En este caso han buscado formas para tranquilizar a las voces que se oponen al cambio de paisaje que resultará de la explotación. Si la extracción retira solo un árbol de cada tres o cuatro, seguramente el paisaje no se verá demasiado distinto- siempre que lo comparemos inmediatamente después de la tala . El visitante "light", que pide a su agencia de viajes un paisaje digno de fotografiar desde lejos, quedará enteramente satisfecho. ¿Cuál es entonces el problema?

Es la visión del conservacionismo, que se opone a inmiscuir con la naturaleza, basándose en incontables experiencias a nivel mundial donde el hombre creyó saber mejor, y donde la naturaleza no perdonó. Se cree que el raleo sistemático socabará el bosque. El lento crecimiento de los *Nothofagus* no compensará la extracción, y se alterarán las condiciones ecológicas. Por decir un caso, las especies vivientes que dependen de la existencia de árboles caídos, huirán. Y la erosión hídrica lavará el suelo fértil de las laderas, rompiendo la cadena de reciclado e imposibilitando toda recuperación.

Debe costarle a más de un biólogo comprender por que la humanidad favorece una especie viviente sobre otra, protegiendo algunas de manera casi obsesiva, y atropellando otras sin el más mínimo cuestionamiento. Tal vez el tamaño sea para algunos un factor justificable para imponer su protección. ¿Será por eso que hay consenso para que la Ballena Franca haya sido declarada "monumento" (a lo cual adhiero, naturalmente)? Pero... ¿Si se intentara también declarar "monumento" al Carpintero Gigante, uno de los más grandes del mundo, (y hermosos del mundo), existiría el mismo consenso? Dudosamente, ya que no es el principal atractivo turístico de la zona, y poca gente alcanza a verlo. Entonces, si las proyecciones de los que entienden de conservación de bosques son acertadas, con la tala de cada uno de los cientos de miles de árboles hoy sentenciados, cuyos troncos están marcados con pintura como soga al cuello, irá disminuyendo el hábitat apto para esta especie - y muchas más claro está, llevándolas paulatinamente a la extinción. El bosque protegido por Parques Nacionales no es demasiado grande, apenas 3,5% del total, e insuficiente para que la fauna sobreviva sana, restringida por el cerco perimetral. Creer que se puede proteger estas aves conteniéndolas en un parque sería equivalente a proponer la conservación de los bosques de *Nothofagus* en una maceta...

En cincuenta años Tierra del Fuego no será lo que es hoy: un paraíso prístino. En ese futuro no tan distante la fauna sobrevivirá apenas, recluida en bosques que en la actualidad son considerados distantes e inaccesibles, pero gracias al desarrollo de caminos se verán nuevamente amenazadas por la misma causa que hoy. Cada generación avanza un poquito, a su entender de manera totalmente justificada, pero dejando un poquito menos para la generación siguiente. Para los desarrollistas las especies extinguidas en ese lapso serán solamente una buena noticia, por que dejarán de ser un problema a considerar. En cincuenta años el incremento poblacional de la isla y las necesidades sociales obligarán nuevamente a trazar a favor de la deforestación, sin que exista la memoria de talas anteriores, ni de las migajas que dejó la actividad en ese entonces, ni del paisaje hermoso que una vez tapizaba la isla.

Aliento entonces a las personas que tienen en sus manos el poder de decisión sobre el futuro de los bosques a que piensen dos veces. Muchos de esos son terratenientes privados. Ojalá pudiesen encontrar la manera de anteponer el deber - que tienen contraídos con la humanidad - de preservar los bosques y que el mundo les tiene prestados, por sobre su derecho irrestricto a vivir de ellos como se les antoje.

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Día 13: Vuelta desde Ushuaia hasta El Porvenir (Chile) (500 km.)

Nos despedimos de Ushuaia, muy tristes dado lo bien que la habíamos pasamos aquí. Dejamos atrás la casita en el bosque, el Canal de Beagle, el Monte Olivia, y el Paso Garibaldi. Pasamos la Ea. Viamonte y el puente sobre el Río Grande. Nos detuvimos a comer en Cabo Domingo, otro de los cabos que da al Atlántico. A causa del viento no fue una parada muy agradable, y menos aún al advertir que se está construyendo un puente de acceso (¿para fines portuarios?) hacia un pequeño islote, a unos 500 m de la costa. Se lo veía cubierto de guano: señal que es un sitio de nidificación de aves costeras. Otra casa-cuna que se pierde...

Al llegar a San Sebastián nos propusimos encontrar playeros, pero apenas vimos un grupito de 10 o 20 de las dos especies más comunes. ¿Exagero si digo que el ornitólogo que visita San Sebastián no espera encontrar menos de 100.000 individuos, conformado por varias especies distintas?

Luego de hacer aduanas, entramos en Chile. En vez de ir ahora hacia el norte, tomaríamos otro camino hacia el oeste, de ripio muy bien mantenido. Cruzamos así la isla, y pronto divisamos el mar: era la Bahía Inútil, nombrada así por los españoles debido a que sus peligrosas restingas rocosas no permiten hacer puerto. Aquí también junté caracoles, y luego seguimos. Ya cerca de El Porvenir, al internarnos tierra adentro, pasamos por una hermosa laguna repleta de Cisnes Cuello Negro, patos y muchos Cauquenes. Finalmente arribamos a este encantador poblado, el más importante de la Tierra del Fuego chilena. Una recorrida por sus calles nos permitió apreciar un interesante estilo arquitectónico. Si bien los materiales eran modestos (techos de chapa), los constructores habían logrado en muchas de las casas una notable personalidad y estilo.

Hallamos el hotel, descargamos, y, ya casi oscureciendo, nos fuimos a una playa de la pequeña y cerrada bahía de la ciudad, para comer una picadita. Aquí no hice otra cosa que buscar caracoles. Habitualmente, cuando uno levanta caracoles de la costa, algunas valvas se encuentran rotas o deterioradas. Pero aquí no había una sola en buen estado. Pero insistí, caminando por esta playa de piedras angulosas cubiertas de algas, un tanto poluta por que debe recibir la descarga de la ciudad. Hacía mucho frío, y el viento congelaba mis manos mojadas. Estaba motivado por que estas eran aguas casi del Pacífico, y esperaba hallar alguna variedad nueva. De repente encontré un caracol, un simple trofón, pero de una variedad conocida que presenta finísimas lamelas en toda la valva. Cada lamela es un filete que parece porcelana, no más gruesos que una hoja de papel. Ya no tenía el animal adentro, pero curiosamente estaba en estado impecable, a pesar que estas lamelas son tan delicadas y frágiles. De hecho, ya en casa, una se rompió mientras intentaba limpiar el caracol cuidadosamente. Ahora lo mantengo envuelto en múltiples capas de papel tisú. ¿Cómo es que logró sobrevivir en aquella costa agreste en tan buen estado?

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Día 14: Desde El Porvenir (Chile) hasta Isla Pavón – Cte. Luis Piedrabuena (525 km.)

Hoy volveríamos a entrar en Argentina, luego del cruzar el Estrecho de Magallanes. El ferry salía casi al mediodía, así que podíamos aprovechar la mañana.

Nico y yo madrugamos, desayunamos, y salimos con el auto en esa helada mañana en búsqueda del Cauquén Colorado, aquella especie en extinción que aún no habíamos logrado ver. El macho se parece tanto a la hembra del Cauquén Común que no es tan fácil diferenciarlos. Son muy escasos, pero salimos optimistas gracias a las precisas indicaciones del hotelero, quien conocía un lugar de avistaje seguro. Este ganso es migrador, y todos los años la totalidad de la población viaja a una pequeña zona en el sur de la Prov. de Buenos Aires (cerca de Tres Arroyos y Pehuen-Co) a pasar el invierno. Allí caen ante las escopetas de cazadores. ¿Sabrán diferenciar lo que están cazando?

Tuvimos la gloriosa oportunidad de ver una pareja en el preciso lugar señalado, que pudimos observar muy bien, aunque demoramos en sacar foto, y se volaron antes de lograr la toma. Intentamos acercarnos pero se mostraron muy desconfiados, y finalmente se fueron volando, cruzando la enorme laguna salada ubicada en este desolado paraje cerca del aeródromo.

Llegamos al embarcadero a hora señalada para tomar el transbordador. Está sobre una amplia y pintoresca bahía, con botes de pesca varados en la playa. Una angosta boca de agua comunicaba la bahía con el Estrecho de Magallanes, que en este tramo tiene muchos kilómetros de ancho. A la distancia vimos grupos de Cormoranes en vuelo bajo sobre el mar verde, dirigiéndose a sus promontorios de anidación.

El tiempo sobraba. ¿Qué mejor oportunidad para buscar caracoles? Y no era el único, ya que pude presenciar a otro ser que le interesaban estos mismos bichos: una gaviota tenía un lindo caracol en el pico. Se elevaba unos 10 metros, y dejaba caer su molusco sobre una plataforma de cemento. Tras varios intentos supuestamente partió la valva, y se fue a comer el contenido a un sitio más tranquilo.

Me puse a buscar caracoles, alejándome del bullicio del estacionamiento del embarcadero, donde muchos turistas y comerciantes aguardaban la llegada del ferry. Pero aún así no parecía haber muchos caracoles. Aprendí que, si me arrodillaba e inspeccionaba muy de cerca los pocos restos dejados por la fina línea de marea sobre la arena, podía hallar pequeños y hermosos ejemplares de los denominados *Xymenopsis*. La ciencia aún no sabe diferenciar bien las diversas especies que se cree integran este género, así que no tengo mayor certeza de cuantas especies distintas logré levantar. Pero lo cierto es que esas playas interpretaron mi postura de rezo, y me entregaron lo mejor que tenían.

Pero otro también interpretó mis intenciones:

- “¿Cómo va la colecta?”

¿Una voz humana? Si, era la de un tal Navarro Vidal, científico chileno que está realizando un relevamiento de todos los moluscos de Chile.

No sabiendo quien era, me propuse darle una pequeña lección de malacología, es decir, sobre los moluscos, para que comprenda mi afición y tal vez se anime a apreciarla.

- “¡Hola! Estoy juntando caracoles. Yo los colecciono, sabe, y hay muchas variedades distintas. Hay muchísimas especies... Los caracoles que acabo de encontrar aquí no son muy grandes, y aunque no sé aún como se llaman, son bonitos, vea...” Y le acerque la maloliente bolsita para maravillarlo...

- "Son *Xymenopsis*." Me sorprendió...

Creo que está todo dicho.

Navarro me condujo hacia un lugar extraordinario, a 50 o 100m de allí, repleto de valvas grandes. Lamentablemente la inminente partida del ferry cortó mi tiempo. A toda prisa, apenas pude levantar algunos ejemplares en 2 o 3 minutos de colecta. Desde entonces, y gracias a los caracoles, quedo en contacto con mi nuevo amigo Navarro.

El cruce del ferry fue terrífico por dos causas: el viento frío, sumado a la absurda meta que nos propusimos de quedar al aire libre durante las 2 horas y media que duró la travesía. Pero nos habíamos preparado especialmente para esta gélida exposición con dos pares de pantalones, uno colocado encima del otro. Y nos mantuvimos casi siempre en la popa, a mayor resguardo del viento.

Zarpó el ferry. Al pasar por el canal de salida de la bahía, señalé a lo lejos la solitaria silueta de Navarro inspeccionando las conchillas de la costa. Pero mis hijas querían ver toninas y delfines. Habíamos leído que era frecuente encontrarlos en este cruce – pero solo en la zona costera, en los primeros y últimos minutos del cruce. No vimos ninguno, pero el ejercicio valió la pena por la lección que nos dejó: en la naturaleza nada se puede dejar por sentado, por más que uno se sacrifique. Pero que los delfines están, están, y eso constituye la otra cara de la moneda: no siempre es necesario ver un espécimen para regocijarse de la fauna que está presente en los lugares por donde uno transita.

Nos interesaba también ver aves, y algo vimos: nuestro primer Yunco, volando bajo sobre al agua, aleteando furiosamente, como si fuese un pingüino enano que desafiaba su destino de ser ave no voladora. También vimos pasar muchos Albatros Ceja Negra. Quedé hipnotizado por su rutina de vuelo, y al observarlo olvidaba las quejas de mi cuerpo por el congelamiento al cual lo sentía.

Este albatros vuela solitario, planeando bajo sobre el mar. Para optimizar la eficiencia de su vuelo aprovecha algún efecto aerodinámico de la interacción del viento con las olas. De hecho vimos algunos avanzando contra el viento como si nada. Su rutina es así: Luego de planear bajo, aletea un poco. Luego levanta el ala derecha, con lo cual el viento lo hace girar a la izquierda y lo eleva. Allí aprovecha la fuerte brisa para ganar velocidad, y luego desciende nuevamente hacia las olas, con giro a la derecha, donde planea otro poco. Una y otra vez, todos los ejemplares que vi repetían esta danza. Esta es su forma de vida, expuestos a las tormentas de viento, fríos polares, escasez de alimentos y salpicados de agua salada. Y también a días de calma chicha, por que no. En todas estas situaciones se las tiene que ingeniar para sobrevivir. Una adaptación singular destilada a través de miles de generaciones. Y ahora, en apenas dos años, con las nuevas técnicas de pesca utilizando líneas de anzuelo con carnada (que alcanzan 100 km. de largo) se los están llevando a la extinción. En dos años siete especies de albatros se agregaron a la lista de especies en peligro.

Cuando solo faltaba media hora para llegar a Punta Arenas el mar se puso totalmente negro. Casi parecía petróleo, pero era solo un efecto óptico causado por las nubes muy oscuras que cubrían la ciudad. Igualmente era muy extraño.

En este último tramo perdí la oportunidad de sacar una foto insólita: la de un Petrel Barba Blanca que se acercó al ferry por la popa, volando bajo. Negro, gigante, sobrevoló la zona de espuma que dejaban las hélices del barco, donde las aguas grises tomaban un delicado matiz verdoso. El contraste era ideal para fotografiar. ¡Que pena! ¿Puedes imaginar esa escena instantánea tal como yo la vi?

De repente el ferry tocó la costa continental, se abrieron las compuertas, y estábamos circulando por el pavimento. Tras quince minutos de manejo bordeando el mar en dirección norte nos detuvimos por casi una hora en la playa del “Parque Chabunco”. Más caracoles - era una de las últimas posibilidades de juntar en este viaje. Aquí encontré unos hermosos mejillones “Choro”,

en perfecto estado. Y desde la costa las chicas tuvieron la suerte de divisar un delfín que asomaba brevemente cada tanto. ¡Eran dos! Posiblemente eran una pareja de Delfines Oscuros.

Retomamos la ruta. Durante 2 o 3 horas bordeamos el estrecho de Magallanes por una ruta esencialmente asfaltada, hasta llegar al mismo puesto fronterizo por donde habíamos entrado a Chile días atrás, en Monte Aymond. A lo largo de esa ruta fue notable ver los insistentes carteles colocados en el alambrado que separaba el camino y la costa magallánica:

“NO PASAR – CAMPO MINADO”.

Nos despedimos del Estrecho, de Chile e hicimos la aduana Argentina. Y la siguiente parada quedaba ahí nomás: a poca distancia de la frontera, un cartel tentador: “Reserva Geológica”. Se trata de un cráter volcánico lleno de agua, por lo cual se lo conoce como la “Laguna Azul”. Para llegar se transita un camino corto, de apenas 4 o 5 km. que, dado las filosas puntas de roca volcánica que asoman de la huella, no debe tener mucha compasión por las cubiertas de los autos. En el último tramo el camino sube la loma del volcán. Ahí nos bajamos y caminamos hasta el borde del cráter, haciendo un esfuerzo para superar el viento, tan intenso que debe desalentar a más de un visitante. Llegamos al borde y nos conmocionamos de la inmensidad del pozo. Las dimensiones son tales que distorsionan la perspectiva, confundiendo todo intento de asimilar su verdadera forma. La foto tampoco transmite la enorme profundidad que tiene. Abajo, muy abajo, estaban las famosas aguas turquesas y azules, y también las Bandurrias que anidan en las paredes de este gran hueco. Es claro que acercarse al borde es peligroso, por que una ráfaga de viento allí no perdona. Es más, si el viento se detuviese por un instante – ciertamente una sugerencia alocada – con seguridad uno perdería el equilibrio. Es que para estar de pie en ese viento, intenso y sostenido, es necesario adoptar una postura inclinada, recostándose hacia delante o a un costado, a fin de aprovechar la fuerza de la gravedad para que compense el embate contra el cuerpo.

El paisaje circundante es también hermoso: una enorme planicie vegetada por pastos secos de ocre claro, salpicado aquí y allá con arbustos de Calafate. A la distancia se ven otros cerros, que seguramente también son volcánicos. Pero lo más curioso es algo que parece ser un ancho río de rocas negras. Efectivamente, es justamente eso: un flujo de lava volcánica que tendrá un millón de años, o tal vez mucho menos.

Retomamos el camino de ripio hacia Río Gallegos, donde cenamos. A pesar de la hora – ya eran las 22:30 – continuamos la ruta para llegar a nuestro destino planificado para hoy: el querido camping de Isla Pavón, donde arribamos a la 1 de la mañana.

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Día 15: Desde Isla Pavón hasta Trelew (979 km.)

Recuerdo poco de este tramo que dedicamos básicamente a digerir kilómetros. Nos desviamos brevemente hacia Caleta Córdova, al norte de Comodoro Rivadavia, por una hora. Hicimos la parada de rigor para ver aves a 100 km. al sur de Trelew, y llegamos a destino a las 21:30, cuando ya estaba casi oscuro. ¿Tan temprano oscurece?

Comenzamos el día en la playa del Cerro Avanzado, próxima a Puerto Madryn, de la cual estamos encariñados como resultado de múltiples visitas realizadas en los últimos 20 años. Allí, siendo la última posibilidad de buscar caracoles, encontré mis primeros Epitonium. Son caracoles blancos, con forma de cucuruchos enroscados, totalmente revestidos de costillas a razón de unas 20 por vuelta. Faltaría agregar que los ejemplares que encontré son muy pequeños: de 8 a 10 mm cada uno, lo cual da una idea de la dificultad de hallarlos entre las conchillas rotas de la costa. Lo primero entonces es arrodillarse, tal vez rezar un poco, y luego encorvarse sobre los caracolitos y mejillones rotos y pacientemente rastrillar la superficie con la vista, mirando atentamente. Al poco tiempo encontré mi primer espécimen. ¡Que alegría!

Es notable como nuestro versátil cerebro adquiere habilidades nuevas. Mi vista recorre la superficie del suelo a una velocidad relativamente elevada, pero encuentro lo que estoy buscando. El suelo está tapizado de formas infinitamente complejas de valvas rotas blancas, negras y otros colores, entremezclada con arenas gruesas, caracoles espiralados comunes que no son de mi interés, trozos de alga, etc. Y sin embargo uno logra identificar rápidamente objetos espiralados que se asemejan al caracol buscado. Siento que toda la "capacidad de cómputo" del intelecto está volcada hacia el reconocimiento de patrones geométricos, procesando a velocidad relámpago la sucesión continua de imágenes proveniente de la vista. Tras las dos semanas de viaje sometido a la intensa práctica en este arte, tratando asiduamente de hallar todas las variedades posibles en cada playa que he pisado, estoy viendo ahora los resultados... ¡Aquí hay otro!

Hacia el mediodía pasamos a visitar a un amigo de mi época escolar, el veterinario y eximio especialista en mamíferos marinos: Guillermo Harris, presidente de la Fundación Patagonia Natural. Además de su gentil hospitalidad y amena conversación, Guillermo explicó la posible causa del fenómeno aparentemente meteorológico que había creado una extraña bruma en toda la región: un incendio de monte. Tras despedirnos y retomar la eterna Ruta 3 hacia el norte, observamos la lenta pero sostenida intensificación de la nube de cenizas y humo. Casi 300 km. más al norte, al llegar a San Antonio Oeste, aún no habíamos alcanzado el epicentro. ¿Qué tamaño de fuego es éste, que afecta el aire de lugares tan distantes como Madryn? No cabía respuesta lógica en nuestras mentes. Pero pronto habríamos de comprender...

Luego de tomar la Ruta 3 hacia el este, encontramos los campos quemados. Kilómetros y kilómetros y kilómetros de monte negro, consumido por las llamas. Este es el lugar donde había visto tantas aves cuando veníamos hacia el sur, donde había expresado el deseo de detenernos un momento a observar. Ahora, dos semanas después, no existía campo natural, sino campo quemado. Nos detuvimos, pero solo para sacar una lúgubre foto ¿Qué habrá hecho el fuego con los pichones, tortugas y otros seres que no tienen la movilidad necesaria para escapar su rápido avance? Seguramente se consumieron en las llamas, lo mismo que ocurrió con mi esperanza de recorrer estos montes a pie.

En realidad aquí no terminaba la historia, puesto que en las próximas semanas se reiterarían más incendios, tan gigantescos como este.

En el tramo entre Viedma y Pedro Luro, divisamos la silueta de un gran Ñandú, seguramente el macho, quién es el encargado de cuidar a sus “charitos”, algunos de los cuales se habían acercado peligrosamente al alambrado. Toda una tentación para los cazadores...

Si bien no ha de ser de mucho interés al lector enterarse de la música que escuchamos en el viaje, sucedió una coincidencia notable que me veo obligado a contar. Veníamos oyendo la hermosa música de “**La Novicia Rebelde**”, la que me trae intensos recuerdos. Una de los temas es una gloriosa marcha nupcial, brillantemente compuesta, pomposa, triunfal, sacra y majestuosa, ejecutada con órgano de catedral y orquesta. En el preciso momento en que comenzó, nuestro vehículo estaba enfilado directamente hacia la capilla del Descanso Ceferiniano. Así, con el volumen fuerte, el ánimo alegre, y todos - hasta los pistones del auto - en sincronía con el compás de la música, cruzamos el sacro portal de entrada, y avanzamos marcialmente por la galería de enormes eucaliptus que demarcaban el camino de acceso que enfila hacia la nave de la iglesia. Era imposible ignorar la perfecta correspondencia de lo que sucedía dentro y fuera del auto ¡Que entrada triunfal para coronar nuestro regreso a Pedro Luro, tras haber realizado un viaje estupendo por el sur!

- ¿Y la música?

- Es por que hoy hay una fiesta de 15 acá, así que vamos a tener música hasta las 5 de la mañana. ¿Les importa?

Nos sorprendió enterarnos que hoy se rompía la habitual tranquilidad del “Descanso”.

Inicialmente dudamos en pernoctar aquí, pero al final nos quedamos, si bien algo temerosos que el bochinche no nos permitiría lograr el merecido y necesario reposo, imprescindible para el último día de ruta. Pero descansamos nomás.

Día 17: Desde Pedro Luro hasta Buenos Aires (797 km.)

El último día del viaje no marcó demasiadas aventuras. Lo que más recuerdo son algunas aves: algunos pocos Aguiluchos Langosteros en bandadas de 2 o 3, muy dispersos, y una bandada de los patos más hermosos que existen: los Gargantilla.

En el último tramo dediqué algún tiempo a hacer las cuentas de las distancias recorridas: en total serían 7.490 kilómetros. Mientras calculaba, el auto seguía acumulando algunos kilómetros más. Considerando la lentitud a la que se van anotando en el cuentakilómetros del auto, uno frunce el ceño y pone en perspectiva nuestra humilde hazaña: la de ir de vacaciones en auto, ida y vuelta a Tierra del Fuego, en solo 17 días.

Pero lo que menos uno recuerda son las horas y horas transcurridas en el auto, sino todo lo demás que vivimos.

¡Que vacaciones!

Viaje Tierra del Fuego - Enero 2001

Apéndice

Agradecimientos

El éxito de esta excursión no hubiera sido igual sin la ayuda de las siguientes personas, a quienes extendemos nuestro más sincero agradecimiento.

(Listado “en orden de aparición”)

- a Daniel Almirón, Roberto Güller y Patricia Gonzalez, y muchos otros amigos, quienes me indicaron lugares “fijos” para ver las aves más difíciles. Dado el poco tiempo del viaje debimos dejar muchos de estos sitios singulares para un próximo “regreso”
- al geólogo José Luis Panza por facilitarme una monografía geológica de T. del Fuego
- a Alejandra Fanjul, de la firma que opera el ferry por enviar el calendario de bajamares.
- a Tito Narosky, por apadrinarme con mis caracoles
- a Rosemary Scoffield, por acompañarnos a ver aves a La Salada, por la guía de la isla y por una meticulosa revisión del texto
- a los encargados de todos los lugares de pernocte
- al personal de la agencia Renault en Río Grande y Ushuaia por su profesionalismo y claro objetivo de resolver el problema
- a Juan, Rachel y Mariana Apolinaire, por su hospitalidad, por la cabalgata y un hermoso mapa de la isla
- a Uwe Müller, cinematógrafo de naturaleza para la TV alemana, y su colega
- a Tom Goodall, y su esposa Natalie
- a Pedro Russo, estudiante de veterinaria, por todo lo que nos enseñó
- a Paula y Victor, de la empresa de excursiones marítimas Patagonia Adventure
- a Navarro Vidal, biólogo chileno investigando moluscos marinos
- a Guillermo Harris, presidente de la Fundación Patagonia Natural
- a Gustavo Canals, investigador de mariposas
- a Carlos Rojo, por proporcionarme un artículo de diario

Referencias

A título informativo listo aquí las publicaciones que sirvieron de base para nuestras observaciones naturalísticas. Casi todos estos libros formaron parte de nuestro equipaje y fueron de permanente consulta.

- Patagonia, Las Leyes del Bosque – Santiago G. de la Vera – Ed. Contacto Silvestre
- Patagonia, Las Leyes de las Costas de Mar – S. G. de la Vera – Ed. Contacto Silvestre
- Guía para la Identificación de las Aves de Argentina y Uruguay – T. Narosky, D. Yzurieta – Ed. Vazquez Mazzini
- Birds of Southern South America and Antarctica – M. de la Peña, M. Rumboll – Ed Collins
- Birds and Mammals of Coastal Patagonia – G. Harris
- Tierra del Fuego – Rae Natalie Prosser de Goodall – Ed. Shanamaiim
- Birds of Tierra del Fuego – Compiled by R. N. P. Goodall (rev. 1998)
- Cien Caracoles Argentinos – Carlos Nuñez Cortés, Tito Narosky – Ed. Albatros
- Moluscos Magallánicos – Daniel Oscar Forcelli - Ed. Vazquez Mazzini

Sitios de Pernocte: (de norte a sur)

- Descanso Ceferiniano, Pedro Luro. Tel: 02928-420-126
- Hotel Trelew, Trelew. Tel: 02965-437592
- Hotel “Su Estrella”, Comodoro Rivadavia. Ruta 3 - Km 1.850 – Tel: 0297-448-5993 – email: hotelsu@infovia.com.ar
- Camping Isla Pavón, Cte. Luis Piedrabuena. Tel: 02966-155-56191
- Ea. Cabo San Pablo. Contacto: Rachel Apolinare – email: cabosabpablo@infovia.com.ar
- Complejo “Aldea Nevada”, Ushuaia. Contacto: Sr. Reinaldo – email: aldeanevada@tierradelfuego.org.ar
- Hotel “La Rosa”, El Porvenir (T. del fuego chilena)

Otros contactos de interés:

- Transportadora Austral Broom SA (servicio de ferry a la isla, para consultar fecha y hora de suspensiones de servicio
- por bajamar). Punta Arenas, Chile - Tel: (061) 212126 – email: tabsa@entelchile.net
- Balsa de El Porvenir. Teléfono para reservar 00 566 158 0089
- CADIC (Centro Austral de Investigaciones Científicas, en Ushuaia) Tel: 54-02901-422310/433320 - Aquí al sitio web
- Página web de la Fundación Total sobre el Museo de la Estancia Harberton. Total Austral es la petrolera que financió el proyecto.

Algunos de los resultados del viaje

DISTANCIAS RECORRIDAS:

- Distancia total recorrida: 7.490 km (de los cuales 950 km fueron de ripio)
- Distancia estimada de Bs. Aires hasta Ushuaia, por Ruta 3 (via Pedro Luro y Punta Delgada), ida sola, sin desviarse en ruta: 3.287 km

AVES: Vimos unas 167 especies, de las cuales 22 eran nuevas para nuestra lista. En la isla vimos unas 71 especies (incluyendo las vistas en la zona chilena de la isla y durante los cruces en ferry). Adjunto la lista de aves observadas.

MOLUSCOS: En total recolecté 45 especies distintas de moluscos (compuesto por 25 de Gastropoda y 20 de Bivalvia). Con estos pude agregar 23 especies nuevas a colección de caracoles argentinos (13 de Gastropoda y 10 de Bivalvia). Esto lleva mi colección de moluscos Argentinos a unas 87 especies (48 Gastropoda más 39 bivalvia) lo cual es aproximado, dada la dificultad que tiene la ciencia para describir claramente las especies de algunas familias. Esto se complica aún más cuando los especímenes no son de optima calidad – lo cual es frecuente en mi caso ya que colecciono casi exclusivamente valvas de animales muertos encontrados en las playas. Algunos de estos son caracoles habituales de aguas chilenas, lo cual extiende la colección a la llamada “Provincia Malacológica Magallánica”).

MAMIFEROS:

No son muchos: Guanaco, Lobo Marino de un pelo, Tonina Overa, Delfín Oscuro, Zorros, Zorrinos (por el olor), Hurón (muerto en Prov. Bs. Aires), Mara.

OTROS:

Una mariposa, *Issoria cytheris* (un Ninfalido). Visto y fotografiado, posado en flores de Armeria, a cierta altura (por encima del final de la aerosilla) hacia el glaciar Le Martial, en Ushuaia. Es una de las pocas especies de mariposas que llegan a esas latitudes.